

Frederick B. Meyer

**David:
pastor, salmista y rey.**

CLIE

ÍNDICE

Capítulo 1	Tomado del redil	3
Capítulo 2	Desde aquel día en adelante	6
Capítulo 3	Llamado a palacio	8
Capítulo 4	Un fondo oscuro	10
Capítulo 5	La fe de los elegidos de Dios	12
Capítulo 6	En el Nombre de Jehová de los ejércitos	15
Capítulo 7	Jonatán	18
Capítulo 8	Fuera de casa y en ella	21
Capítulo 9	El mensaje de las saetas	24
Capítulo 10	Casi loco	27
Capítulo 11	La cueva de Adulam	31
Capítulo 12	La piedra blanca	35
Capítulo 13	Cánticos nacidos del dolor	38
Capítulo 14	La moderación de David	41
Capítulo 15	Un benjaminita	45
Capítulo 16	Una mano fresca sobre una frente caliente	47
Capítulo 17	Un ataque de desconfianza	50
Capítulo 18	La misericordia de Dios	54
Capítulo 19	Tres veces coronado	58
Capítulo 20	El agua del pozo de Belén	62
Capítulo 21	La Ciudad Santa	65
Capítulo 22	El traslado del arca al monte Sión	67
Capítulo 23	Haz todo lo que esté en tu corazón	71
Capítulo 24	Pero yo he puesto mi rey	73
Capítulo 25	El pecado de David	76
Capítulo 26	Los azotes	79
Capítulo 27	La puesta del sol y la estrella vespertina	82

Capítulo 1

Tomado del redil

La historia de David comienza con un contraste conmovedor entre la lozana esperanza de su vida joven y el hecho de que fue rechazado por el obstinado rey Saúl, cuya marcha iba descendiendo con rapidez hacia el campo fatal de Gilboa.

Son pocos los que han tenido una oportunidad mejor que la de Saúl. De excelentes facultades, apariencia hermosa, favorecido por la naturaleza y la oportunidad, hubiera podido ser uno de los hombres más grandes de la historia. Su primera hazaña, la liberación de Jabes de Galaad, creó en sus amigos una entusiasta esperanza. Sin embargo, poco después se nubló aquella bella alborada.

El anuncio final de que había sido depuesto se hizo en Gilgal. Saúl, se dice, rechazó la palabra del Señor; y el Señor lo desechó para que no fuera rey. De Gilgal, Saúl se marchó a su casa en Gabaa, en las alturas de Benjamín, en tanto que Samuel se fue a Ramá, un poco al sur, donde vivía. Allí había juzgado a Israel durante veinte años.

La selección de todo hombre para el alto oficio de servir a Dios y al hombre tiene dos aspectos: el divino y el humano.

El carácter de David puede considerarse como una expresión de la vida del Hijo de Dios, antes que Éste tomara para Sí naturaleza de hombre y una prefiguración de lo que Él habría de ser cuando llegara el cumplimiento del tiempo. Jesús fue el Hijo de David, pero en otro sentido fue su progenitor. Así volvemos al antiguo enigma: que Jesús de Nazaret es a la vez Señor de David e Hijo de éste (Mr. 12:35-37).

De ahí que a nuestro Señor se le dé el nombre de «raíz de David» una vez en la profecía de Isaías y dos veces en el libro de Apocalipsis: «He aquí que el León de la tribu de Judá, la raíz de David, ha vencido para abrir el libro y desatar sus siete sellos» (Ap. 5:5). La idea que se sugiere es la de una vieja raíz, escondida profundamente en la tierra, que produce verdes renuevos y fuertes troncos.

Hay cuatro declaraciones relacionadas con la elección de David, la última de las cuales penetra en el corazón de este gran misterio... «Jehová se ha buscado un varón conforme a su corazón» (1 S. 13:14).

Nadie puede saber el día ni la hora en que Dios pasará cerca, buscando vasos escogidos y perlas preciosas. Estemos siempre alerta, con nuestras lámparas encendidas y nuestras redes remendadas y limpias.

«Hallé a David mi siervo» (Sal. 89:20).

Hay un éxtasis en la voz, como el que se advierte en las expresiones «he encontrado» y «es hallado» de Lucas 15. David fue hallado mucho tiempo antes de que Samuel lo mandara a buscar. ¿Cuál fue el momento de ese bendito descubrimiento? ¿No hubo alguna respuesta secreta y alegre al llamado del Maestro, como la que dieron los discípulos cuando Jesús los halló con las redes y les dijo: «Venid en pos de Mí»?

«Elegió a David su siervo» (Sal. 78:70). El pueblo eligió a Saúl, pero Dios eligió a David. Esto lo hizo fuerte. El pensamiento de que él había sido divinamente comisionado fue la base de su confianza (véase 2 S. 7:21).

Nosotros también, cuando nos afirmamos en el fundamento de la elección de Dios, y le oímos decir «instrumento escogido me es éste, para llevar mi Nombre» (Hch. 9:15), somos incommovibles.

«Jehová (lo) ha designado para que sea príncipe» (1 S. 13:14). Las designaciones no son del arbitrio humano, ni son ganadas por la diligencia humana: son de Dios. Preparémonos para el servicio de Dios: seamos fieles. Pronto Él nos designará; la promoción no viene de hombre alguno, sino de arriba. Esa es la respuesta a todo: «...me he provisto de rey» (1 S. 16:1). La provisión divina satisface toda necesidad, calma todo afán. Dios se ha prevenido contra todas las contingencias y ha preparado a su instrumento escogido. Hasta ahora la flecha está escondida en su aljaba, en la sombra de su mano; pero en el momento preciso en que más necesite y cuando sea más eficaz, la sacará y la lanzará al aire.

Regresemos un momento para considerar las influencias formadoras de la vida juvenil de David. La familia de Isaí moraba en la propiedad de los antepasados que Booz, rico terrateniente, había comprado a la Rosa de Moab. Su riqueza pudo haber decaído algo, diezmada por las exacciones de la guarnición filisteá que parece haber estado destacada en el pueblecito.

David no dice nada acerca de su padre, pero dos veces se refiere a su madre como «la sierva de Jehová». De ella heredó su talento poético, su

naturaleza sensible, su profundo carácter religioso. Para el padre, él era el muchacho que cuidaba las ovejas, a quien no valía la pena invitar a la fiesta religiosa; para la madre, él era David el amado. David los honró con amorosa solicitud. Cuando pensó que la mezquina persecución que Saúl desató contra él los exponía a serios peligros, los mudó para que estuvieran bajo el cuidado seguro del rey de Moab, la tierra de sus antepasados. El joven David pudo haber recibido algo de las escuelas de los profetas, establecidas por la sabia previsión de Samuel para mantener el conocimiento de la ley en Israel. Parece que estas escuelas fueron ricamente dotadas con el bondadoso poder del Espíritu Santo.

Pero fue la naturaleza la nodriza de David, su compañera, su maestra... Belén está a casi diez kilómetros de Jerusalén, por el camino principal que conduce a Hebrón. El área en que está situada se halla a 610 metros sobre el nivel del Mar Mediterráneo, en la ladera nororiental de un cerro que a cada lado tiene un profundo valle. Estos valles se unen a poca distancia de allí hacia el este y descienden hacia el Mar Muerto. En las suaves laderas de las colinas crecen en abundancia la higuera, los olivos y las vides; y en los valles hay ricos trigales, donde una vez espigó Rut, los cuales dieron el nombre a este lugar: la Casa del Pan. Las tierras altas que rodean a Belén forman la mayor parte de la altiplanicie de Judea. Pero no se distinguen por su belleza, sino que son desiertas, sombrías, fuertes: modeladoras del carácter.

Tales fueron las escuelas y los maestros de la juventud de David. Pero, ante todo, su espíritu se mantuvo abierto al Espíritu de Dios, quien se cernía sobre su vida joven, lo enseñaba, le daba vitalidad, lo ennoblecía, le abría los libros de la naturaleza y de la revelación, e impregnaba su corazón de una confianza tan ingenua como la que tenían en él los mansos animales que tenía bajo su cuidado.

David no era fornido como su hermano Eliab, quien impresionó al viejo profeta. Pero era fuerte y atlético. Sus pies eran ágiles como gacelas; podía saltar un muro o sobrepasar a una tropa. Con sus brazos podía fácilmente doblar un arco de hierro; y la piedra que lanzara con su honda daba precisamente en el blanco. Demasiado delgado para llevar la armadura de un guerrero, podía sin embargo matar un león o un oso. Su rostro resplandecía de salud. Sus ojos azules y la belleza de su cutis formaban un fuerte contraste con los semblantes más oscuros de sus compañeros. La sensibilidad de su alma de poeta combinaba con su osadía y con su habilidad y poder de mando. Su ropa era una túnica sencilla y ordinaria; sus pertrechos, la honda, la vara y el cayado.

Capítulo 2: Desde aquel día en adelante

Pocos hombres han tenido una vida tan variada como la de David: pastor de ovejas y monarca, poeta y soldado, campeón del pueblo y fugitivo en las cuevas de Judea, amado por Jonatán y perseguido por Saúl, vencedor de los filisteos un día y aliado en la batalla al siguiente. Pero en todo parecía estar dotado de un poder especial delante de Dios y de los hombres. El secreto nos elude, hasta que leemos las trascendentales palabras que resumen el resultado de un día memorable en los años oscuros de su juventud: «...desde aquel día en adelante el Espíritu de Jehová vino sobre David» (1 S. 16:13).

Aquel día comenzó como cualquier día ordinario. No lo anunció ninguna trompeta angelical; no hubo caras que se asomaran desde el Cielo. Con el primer resplandor del día, el muchacho se puso en marcha para llevar su rebaño hacia las tierras donde había pastos cubiertos de abundante rocío. Así que avanzaban las horas de la mañana, numerosas preocupaciones absorbían su alma vigilante.

En este escenario pastoril de pronto se presenta un jadeante mensajero. Trae la noticia de que Samuel ha llegado a la aldea y de que el profeta se ha negado a comer del banquete que apresuradamente le han preparado hasta que el joven pastor se reúna con los invitados. ¡Cómo tuvieron que habersele iluminado los ojos al joven por el placer que le causaba aquella noticia! Nunca antes había sido solicitado, ni lo habían mandado a buscar de esta manera. Era causa de gran placer sentir que, ante los ojos del profeta, el círculo familiar no estaba completo hasta que él llegara. Por tanto, dejó sus ovejas con el mensajero, y a toda velocidad corrió a su casa. Aquello fue la consumación de una preparación previa. No tenemos que suponer que ahora el Espíritu de Dios obraba en el corazón de David por primera vez, y que él quizás nunca antes había experimentado aquel toque especial del Espíritu simbolizado por el aceite de la unción. No podemos tener esta bendita unción para el servicio sin antes experimentar una previa obra de gracia en el corazón. David estaba preparado para esta unción especial por razón de que el Espíritu Santo había obrado todo esto en él. Estimado lector, tal vez, en la oscuridad de tu vida, tú también estés siendo preparado para una experiencia similar.

La unción fue realizada por Samuel. El viejo profeta había conferido muchos beneficios a su tierra nativa, pero ninguno podía compararse con la viva solicitud que sentía por su juventud. La creación de las escuelas de los profetas se debió a él.

Con una becerra delante de sí entró el profeta por la única calle larga de Belén. Convocó a los ancianos para una fiesta, a fin de no despertar las sospechas del rey celoso y malhumorado, que habría tratado de quitarle la vida si hubiera sospechado el objeto real de su visita.

Cuando David llegó a la aldea, una extraña escena se presentó ante sus ojos. Allí estaban su padre Isái y sus siete hermanos, quienes probablemente lo estaban esperando en su casa antes de ir todos en grupo al banquete público al cual habían sido invitados los principales de la aldea. Apenas hubo entrado David, con las mejillas enrojecidas por la carrera, la cara radiante y la mirada reflejando ingenio, y un porte de realeza, el Señor le dijo a Samuel: «Levántate y úngelo, porque éste es» (vs. 12). Entonces Samuel tomó el cuerno del aceite que había llevado desde Nob, y derramó su contenido sobre la cabeza del atónito joven.

Es probable que los circunstantes no comprendieran el significado de aquel acto; pero David probablemente sí lo entendió. Josefo, por cierto, nos dice que el profeta le susurró en el oído el significado del sagrado símbolo. ¿Se acercaron los ancianos labios a la cabeza del joven, y mientras la mano temblorosa empujaba hacia atrás los rizos arracimados, le susurraron al oído del joven las emocionantes palabras: «Tú serás rey»?

A partir de ese día memorable, David volvió a estar con sus ovejas; y a medida que pasaban lentamente los meses, algunas veces tuvo que haberse preguntado cuándo llegaría la hora del suceso. ¿Cuándo tendría la oportunidad de demostrar y usar la nueva fuerza que había recibido? Tenía que aprender que algunas veces somos fortalecidos con todo poder en paciencia y resignación como preludio de obras heroicas. Tenemos que luchar contra el león y el oso en las colinas de Belén, a fin de estar preparados para hacer frente a Goliat en el valle de Ela.

Capítulo 3: Llamado a palacio

Después de haber sido ungido, David volvió a estar con sus ovejas. Cuando Saúl, años después, aconsejado por sus cortesanos, lo envió a buscar para que le quitara la melancolía, esta fue la indicación específica que envió a Isaí, su padre: «Envíame a David tu hijo, el que está con las ovejas» (vs. 11).

Esto dice mucho acerca de la sencillez y de la inocencia del carácter del muchacho. Sencillamente había regresado al rebaño, a las humildes tareas pastoriles, a cumplir fielmente la rutina del deber diario mientras esperaba que Dios hiciera lo que Samuel le había dicho.

Un contemporáneo había ofrecido al rey un breve retrato de este personaje tal como aparecía entonces a un observador indiferente. Uno de los criados de Saúl le dijo: «He aquí yo he visto a un hijo de Isaí de Belén, que sabe tocar, y es valiente y vigoroso y hombre de guerra, prudente en sus palabra y hermoso, y Jehová está con él» (1 S. 16:18).

David poseía temperamento poético, era sensible a la naturaleza y tenía la capacidad de trasladar sus impresiones al verso y al canto. Así admiramos su maravillosa facultad al describir el sagrado silencio de la aurora, donde no hay voz ni palabras, antes que salte el sol como un esposo para recorrer su camino; y la solemne pompa de la noche, en que miríadas de astros centellean ante la mirada asombrada. Y a esto pudiéramos agregar la maravillosa descripción de las tormentas que rugen sobre Palestina, resonando vez tras vez, desde las azotadas aguas del Mediterráneo hasta los cedros del Líbano y hasta el distante desierto de Cades, hasta que los truenos, que se hacen sonar siete voces, son seguidos por los torrentes de lluvia, y estos, por el claro resplandor en que Jehová bendice a su pueblo con paz (véanse Sal. 8; 19; 23; 29).

Los salmos que David compuso en aquellos días primitivos estaban destinados a ser cantados en todo el mundo, y a producir en los hombres efectos como los que produjeron en el rey, de quien se dice que se sentía aliviado cuando David tomaba el arpa y tocaba con su mano.

Pero David también tuvo abundante oportunidad de ejercitar su bravura. La frontera de los filisteos no se hallaba muy lejos de su pueblo natal. Los hombres de Belén tenían frecuentes escaramuzas con los guerreros de la

frontera, quienes les arrebataban el producto de sus viñas y de sus trigales cuando la cosecha estaba madura. En estas escaramuzas adquirió David la fama de ser un hombre valiente y poderoso para la guerra.

Pero él habría sido el último en atribuir tales hazañas a la fuerza de su brazo. Por la fe había aprendido a aprovecharse del poder de Dios. ¿No era él su siervo, designado para una gran misión, llamado a librar una guerra sin cuartel contra los incircuncisos?

El discernimiento de David se hace aparente a todo lo largo de su vida. Era tan prudente para aconsejar y proyectar como rápido para ejecutar. Parecía saber precisamente cómo hacerle frente a cualquier emergencia que amenazara. Sin duda, esto se debía al hecho de que su espíritu reposaba en Dios. Los tristes errores que cometió pueden haberse debido a que se rindió al dominio del impulso y de la pasión, a que descuidó el hábito de acercarse a Dios e inquirir de Él antes de dar cualquier paso importante. Cuando los hombres viven como vivió David, han de estar constantemente vigilantes de sus palabras y sus actos y ser capaces de discernir el buen consejo.

David era el amado. Dondequiera que iba ejercía un magnetismo personal. Pasó por la vida como con un cetro de irresistible dominio sobre hombres y mujeres. Amado por Dios y por los hombres, con un corazón sensible al toque del amor, el suelo de su alma era capaz de producir cosechas para sufrimiento que le fuera posible resistir a un hombre.

Él pensó que Dios era su Roca, su Redentor, su Pastor y su Anfitrión en la casa de la vida, su Consolador en todo valle estrecho y sombrío. Cuando estaba fatigado, hallaba pastos verdes; si tenía sed, hallaba aguas tranquilas; en la perplejidad, encontraba la guía correcta; en el peligro tenía segura defensa: todo esto lo hallaba en lo que el Señor era para su alma. Para él, la Palabra de Dios, aunque no conocía sino una parte de ella, era perfecta y pura. Tenía al Señor siempre delante de sí; por cuanto estaba a su mano derecha, no podría ser conmovido; por tanto, su corazón se alegraba.

Capítulo 4: Un fondo oscuro

El retrato de Saúl está pintado con los colores de Rembrandt para hacer resaltar la excelente belleza de David, el rey designado por Dios. Browning ve a Saúl en medio del silencio y la oscuridad de la tienda, de la cual durante días no salió ni un sonido hacia los ansiosos cortesanos. La negrura de la oscuridad reinaba adentro y la figura de Saúl descansaba contra el puntal de la carpa, inmóvil, mudo, y sin deseos de comer. Con el hechizo de la música, temblaba un momento, para luego volver a asumir su total insensibilidad.

Nada puede compararse al horror que se produce cuando Dios se aparta de nosotros. Cuando se pierde la presencia de Dios, todos los poderes del alma se levantan en revuelta. ¡Ah, qué amargo lamento cuando un hombre exclama como Saúl: «Estoy muy angustiado, pues Dios se ha apartado de mí, y no me responde más» (1 S. 28:15)!

¡Qué diferente a David! Acaso el Señor estaba con el joven. Para los ojos claros e iluminados de su fe, Dios era más real que el gigante que se pavoneaba cada mañana delante de las huestes de Israel. ¿No lo había librado el Señor de la garra del león y de la garra del oso?

Cuando los hombres se vuelven contra Dios, parece como si Él hubiera comenzado a ser nuestro enemigo, y estuviera peleando contra nosotros. La realidad es que, mientras una vez íbamos con la corriente de la bendición divina, ahora estamos nadando contra ella con dificultad y con peligro. Con el obstinado, Dios se muestra obstinado; y al perverso, sus ángeles, la conciencia, la gratitud, el recuerdo del pasado, las convicciones del deber, que tienen el propósito de elevar y salvar, se oponen a su progreso como enemigos mortales. Tal era el caso de Saúl.

En el caso de David, por otra parte, el Espíritu de Dios cooperaba constantemente con él. David vivió y anduvo en comunión con el Invisible. El hecho de que la música tuviera un efecto benéfico para el trastorno del rey Saúl parece indicar que, como él estaba mal con Dios, no estaba en armonía con el universo, que es la circunferencia de la cual Dios es el centro. Él estaba alejado de Dios y, como consecuencia, había discordia en su corazón y en su vida. La música que llegaba a sus oídos le traía recuerdos de su mejor yo anterior, y producía un breve alivio en los elementos discordantes de su alma; los reducía a un orden momentáneo.

Pero estaban condenados a volver a su condición anterior tan pronto cesaban los dulces sonidos. Siempre es así...

Si no hemos recibido la expiación, si no estamos en paz con Dios por medio de Cristo, estamos en enemistad con Dios por medio de las obras perversas y del temperamento interno. El arte, la música, los compromisos de los negocios diarios, el ajetreo de la sociedad y los rituales de la religión pueden hacer lo que el arpa de David hacía por Saúl: producir una tranquilidad momentánea y una sensación de armonía con el ambiente; pero eso es pasajero. Cuando se retira el encanto, el viejo espíritu de desorden se reafirma.

Para David, por otra parte, el arpa era el símbolo de un alma que descansa en Dios. Y por el hecho de que su propio espíritu estaba en perfecta armonía con la naturaleza de Dios y con el universo, él podía producir sobre todo el encanto de una influencia que calmaba y aquietaba. Los siervos de Saúl, por tanto, tenían base para instarlo, en uno de sus momentos lúcidos, a que les permitiera buscar un hombre que supiera tocar el arpa. Y el poder que David ejerció sobre él es una ilustración de un encanto similar que nosotros podemos ejercer individualmente sobre los espíritus intranquilos, abatidos por las tormentas, que están alrededor de nosotros. Insistamos, pues, en la tarea de persuadir a los hombres a que se reconcilien con Dios y aprendan el misterio de aquella paz de la que habló Jesús.

Si un hombre está a mal con Dios le es imposible tener fe, pues la fe es la flor saludable del alma. Así pues, cuando Goliat se pavoneaba en el valle de Ela y desafiaba a los ejércitos de Israel, Saúl sintió temor. En condiciones más felices, él hubiera llegado a ser el campeón de su pueblo; ahora estaba acobardado metido en su carpa.

Para David, por otra parte, no había tal temor. Su alma estaba llena de Dios. Dios era su luz y su salvación, ¿de quién temería? Él era su vida, ¿de quién habría de atemorizarse? No había falta de firmeza en la mano que disparó la honda, ni temblor en el corazón. Su fe se mantuvo fuerte porque su joven corazón estaba en comunión viva con Jehová.

Capítulo 5: La fe de los elegidos de Dios

Habiéndose recuperado del castigo que les habían infligido David y Jonatán en Micmas, los filisteos marcharon hacia el valle de Ela y acamparon en su ladera occidental. Saúl estableció su campamento en el otro lado del valle. Tres personajes se destacan de manera muy definida en aquel día memorable...

En primer lugar, encontramos a Goliat, el soldado filisteo. Éste era muy alto, aproximadamente 2,90 metros de altura, y estaba fuertemente armado. Su armadura llegó a ser un despojo para Israel; la examinaron cuidadosamente y la describieron en forma pormenorizada. Incluso la posaron y hallaron que pesaba cinco mil siclos de bronce, equivalentes a 209 kilogramos. Estaba protegido por un inmenso escudo que era llevado por otro que iba delante de él, como para que sus brazos y sus manos le quedaran libres. Blandía una poderosa lanza, mientras a su lado llevaba espada y jabalina. Era bastante fanfarrón, pues habló del banquete que iba a ofrecer a las aves y a las bestias, y desafió a los ejércitos del Dios vivo.

Luego, tenemos a Saúl; entre los hijos de Israel no había una persona superior a él. De los hombros arriba sobresalía por encima de cualquiera del pueblo. Él también tenía una buena armadura, un casco de bronce y una coraza; pero no se atrevía a aventurarse en conflicto con los que él consideraba que eran enemigos absolutamente superiores. Así, intimidó a David con su materialismo y su incredulidad: «No podrás tú ir contra aquel filisteo, para pelear con él; porque tú eres muchacho, y él un hombre de guerra desde su juventud» (1 S. 17:33).

Y, por fin, aparece en escena David; éste era sólo un muchacho vigoroso y bien parecido. No llevaba espada en la mano, sino una vara, probablemente su cayado de pastor. No tenía armadura ni armas, excepto una honda en su mano y cinco piedras lisas que había escogido en el lecho del arroyo y las había puesto en su saco pastoril. Pero poseía un poder espiritual místico; el Dios vivo era una realidad para él. David no tenía dudas de que el Señor vindicaría su glorioso Nombre y entregaría en sus manos al incircunciso filisteo. ¡He aquí la calidad de una fe heroica!

Dicha fe había nacido en secreto y se había nutrido en la soledad. Dios era tan real para David como Isaí, o como sus hermanos, o como Saúl, o como Goliat. Su alma se había arraigado de tal modo en este concepto de la

presencia de Dios que lo llevaba consigo, sin que le perturbaran los gritos de los soldados que marchaban a la batalla o las preguntas escudriñadoras que le dirigió Saúl.

Este es el secreto que no falla. Sólo así puede llegar a ser una posesión fija del alma la percepción de la presencia de Dios. El alma puede entonces decir repetidamente como el salmista: «Cercano estás Tú, oh Jehová».

Además, esta fe había sido ejercitada en conflictos solitarios. Con natural modestia, David probablemente se habría guardado la historia del león y del oso, a menos que le hubiera sido extraída por un deseo de magnificar a Jehová. Posiblemente había tenido muchos conflictos similares, de modo que su fe se había fortalecido por el uso, así como los músculos de su vigoroso cuerpo juvenil se habían fortalecido por el ejercicio.

Había resistido la prueba de la vida diaria. Parece que algunos piensan que las más altas realizaciones de la vida espiritual son incompatibles con la molienda del trabajo diario y con la fricción del hogar. No fue así en el caso de David. Cuando Isaí, que anhelaba saber cómo estaban sus tres hijos mayores, quienes habían seguido a Saúl en la batalla, le pidió a David que les llevara raciones y un presente para el capitán de la división a la cual pertenecían, hubo en él una aquiescencia inmediata y, dispuesta a la proposición de su padre, «se levantó de mañana y se fue con su carga como Isaí le había mandado». Y antes de dejar su rebaño tuvo el cuidado de encomendárselo a un guarda.

Esto nos enseña que hemos siempre de estar atentos a no descuidar ningún deber para cumplir con otro: si somos llamados al campo de batalla, tenemos primero que dejar a alguien a cargo del rebaño. El que es fiel en lo más grande, primero tiene que haber sido fiel en lo pequeño.

David soportó mansamente la mala interpretación y la reprensión. Al llegar al campo, halló que las tropas estaban ya en orden de batalla, y corrió al frente. Ya había visto a sus hermanos y los había saludado, cuando fue atraído por la voz jactanciosa de Goliat desde el otro lado del valle y con mortificación vio que los hombres de Israel daban vuelta para huir, dominados por el pánico. David exteriorizó su sorpresa, y supo por los que estaban cerca que aun Saúl compartía el pánico general, y que había ofrecido recompensas al campeón que lo venciera. Fue entonces, pasando entre los soldados de grupo en grupo, haciendo preguntas, reuniendo información adicional que confirmara sus primeras impresiones y

haciéndoles ver su asombro, que les dijo: «No desmaye el corazón de ninguno por causa de él» (vs. 32).

Eliab perdió la paciencia ante las palabras y la actitud de su joven hermano. ¡Cómo se atrevía a sugerir que la conducta de los hombres de Israel era indigna de ellos y de su religión! ¿Qué se proponía tratando de averiguar tan minuciosamente los particulares de la recompensa del rey? ¿Estaba pensando en ganársela? ¡Era absurdo hablar de ese modo! «¿Para qué has venido acá? ¿Y a quién has dejado aquellas pocas ovejas en el desierto?» (vs. 28).

¡Ah, qué veneno había en esas pocas palabras! David, sin embargo, dominó su espíritu, y respondió suavemente: «Ciertamente el deseo de mi padre de saber si ustedes estaban bien fue el motivo que me trajo acá».

En este punto fue donde realmente ganó la victoria sobre Goliat. De haber perdido la calma ante aquel exabrupto injustificado, la alianza de su alma con Dios habría sufrido y hubiera caído un velo sobre la percepción que tenía de la presencia divina. Pero el hecho de pagar el mal con el bien y de mantener una compostura incommovible cimentó su alianza con el Cordero de Dios.

La fe de David sobrepasó el razonamiento humano. Saúl quiso que David se protegiera con la armadura real, aunque él mismo no se atrevía a ponérsela. Le había llamado la atención la ingenua sinceridad del joven, pero le aconsejó que tomara precauciones: «Sobre todo confía en Dios y ve, pero sé sabio. Debemos estar bien preparados».

Una mano invisible apartó a David de las redes de la tentación. El ya se había rendido al consejo de Saúl hasta el punto de vestir la armadura de este y ceñirse su espada. Pero volviéndose a Saúl, le dijo: «Yo no puedo andar con esto» (vs. 39). Y se quitó todo aquello. Lo que valía no era la armadura de Saúl y el Señor, sino sólo el Señor. Y David pudo, sin vacilación, dirigirse al gigante con la siguiente sentencia: «Jehová no salva con espada y con lanza» (vs. 45).

Dicho con otras palabras: «Ahora que Goliat haga lo que quiera; él sabrá que hay Dios en Israel».

Capítulo 6: En el Nombre de Jehová de los ejércitos

Mientras los dos ejércitos estaban a la expectativa a uno y otro lado del valle, todas las miradas se volvieron de repente hacia la esbelta figura del joven que, cayado en mano, emergió de las filas de Israel y descendió por la ladera. Por breves instantes David se ocultó de sus observadores. Se había inclinado sobre los guijarros que cubrían el fondo, de los cuales prestamente seleccionó cinco piedras lisas y las puso en su saco pastoril. Luego, para asombro de los filisteos, y especialmente de su gigantesco campeón, David reapareció en la ladera opuesta, y rápidamente avanzó hacia el gigante.

Al ver lo que hacía David, Goliat lo maldijo y amenazó con dar color a la hierba del campo con su sangre y con no sepultar su cuerpo sino entregarlo a las aves del cielo y a las bestias del campo...

«Entonces dijo David al filisteo: Tú vienes a mí con espada y lanza y jabalina; mas yo vengo a ti en el Nombre de Jehová de los ejércitos, el Dios de los escuadrones de Israel, a quien tú has provocado» (1 S. 17:45).

En la Biblia, los nombres constituyen una descripción del carácter. De modo que el Nombre de Dios, tal como lo usaron con frecuencia los héroes y santos de la historia sagrada, representa aquellos atributos y cualidades divinas que se combinan para expresar de Dios lo que Dios es. La cualidad especial que David había seleccionado de entre el conjunto de cualidades contenidas en el Nombre divino de Dios se indica con las palabras «Jehová de los ejércitos». Venir en Nombre de Jehová de los ejércitos implicaba, pues, su propia identificación por fe con todo lo que estaba comprendido en dicho Nombre sagrado.

Una persona que está en un país extranjero como viajero ordinario habla de una manera, pero si actúa como representante y embajador de su país, habla de otra. En el primer caso, habla en su propio nombre y recibe el respeto y la atención que ese nombre pueda obtener. En el segundo, actúa a conciencia de que está identificado con todo lo que se relaciona con el nombre de su patria.

Hay mucho que tenemos que aprender con respecto a esta íntima identificación con Dios antes de que podamos decir como David: «Yo vengo a ti en el Nombre de Jehová de los ejércitos».

En primer lugar, nuestros motivos tienen que ser puros. No hay duda en cuanto al motivo que impulsaba a David en este conflicto. Su única ambición era quitar el reproche de Israel, y que toda la Tierra supiera que había Dios en Israel. Aquí debemos tener cuidado. Es sumamente fácil confundir cosas que están tan separadas como los polos, y suponer que estamos conteniendo para la gloria de Dios, cuando en realidad estamos combatiendo a favor de nuestra Iglesia, de nuestra causa, de nuestros prejuicios o de nuestras opiniones. Caer en este pecado, inconscientemente, es abandonar el derecho de usar el sagrado Nombre de Dios. Con cuánta frecuencia necesitamos exponer nuestros corazones a la inspiración del Espíritu Santo, a fin de que Él los limpie totalmente y los llene de una ferviente consagración a la gloria de Dios.

Por ello, en segundo lugar, debemos estar dispuestos a permitir que Dios ocupe el lugar que le corresponde. Así, David dijo repentinamente que todo el asunto era de Dios, y su actitud fue la de todo hombre que ha hecho grandes cosas a favor de la justicia. Tenemos que reconocer a Jesucristo como el Guerrero esencial, el Trabajador, el Organizador y el Administrador de su Iglesia por medio del Espíritu Santo. Cualquier cosa que se deba hacer correctamente, es Él quien tiene que hacerla. Y es que somos llamados no a obrar para Él sino a permitir que Él obre por medio de nosotros. Es su habilidad la que tiene que dirigirnos; su fortaleza, facultarnos; sus manos levantadas, llevarnos a la victoria.

Tuvo que haber sido difícil para el joven David no estar de acuerdo con Saúl, especialmente cuando el rey se manifestó tan solícito por su bienestar. En realidad, fue bueno que David resistiera el canto de la sirena y no permitiera que lo afectaran las lisonjas del favor real. Si se hubiera rendido a Saúl, habría quedado fuera del círculo del ambiente divino.

El joven no solicitó compañeros para la pelea. Estaba perfectamente preparado para llevar todo el peso de la refriega sin simpatía ni refuerzos... Tan seguro estaba de que el Señor de los ejércitos estaba con él, y de que el Dios de Jacob era su refugio. De manera serena y quieta descendió la ladera y seleccionó las piedras más adecuadas para su propósito. En esta quietud y confianza halló su fortaleza. No tuvo que huir porque el Señor iba delante de él, y el Santo de Israel era su protección.

Cuando llegó el momento del encuentro, David no vaciló, sino corrió hacia el ejército filisteo para enfrentarse a su campeón. En su joven corazón no había miedo a las consecuencias, ni temblor en la voz que respondió al desafío, ni titubeo en el brazo que volteó la honda, ni falta de precisión en la puntería que lanzó la piedra hacia la única parte del cuerpo del filisteo que era vulnerable y no estaba protegida.

Entonces, la piedra se incrustó en la frente del gigante y en un instante cayó sin sentido a tierra. No había tiempo que perder; antes de que Goliat pudiera recuperarse, o de que sus asombrados compañeros reaccionaran de su estupefacción, ya David le había separado la cabeza del cuerpo con un tajo que le asestó con la propia espada del gigante. Y cuando los filisteos vieron que su campeón estaba muerto, huyeron. Los despojos de la victoria quedaron en manos del vencedor. David alzó la cabeza del filisteo como un trofeo, y llevó su armadura para su tienda.

Vivamos a solas con Dios. El hombre más débil es fuerte para hacer proezas si conoce a Dios. Esta es la victoria que vence al mundo, al diablo y a la carne: nuestra fe.

Capítulo 7: Jonatán

Existen en la bóveda celeste pares de estrellas llamadas binarias, cada una de las cuales probablemente es un sol, pero mezclan sus rayos de tal modo que llegan al ojo del espectador como un solo claro rayo de luz. Así vemos acercarse a nosotros las nobles e inseparables figuras de Jonatán y David. Con toda probabilidad, David fue influido profundamente por el carácter de Jonatán, quien era mayor que él...

«Aconteció que cuando él [David] hubo acabado de hablar con Saúl, el alma de Jonatán quedó ligada con la de David, y lo amó Jonatán como a sí mismo» (1 S. 18:1).

La primera condición para que dos hombres sean amigos es que concuerden en personalidad. Y el vínculo de una común hombría enlazó a estas dos almas gemelas desde el principio. Jonatán era un hombre en toda la extensión de la palabra; tan diestro con el arco como su amigo con la honda. Era capaz de arder de indignación, fuerte para soportar sin acobardarse el estallido de la ira de su padre, no tenía temor de abrazar la causa de sus amigos a cualquier costo. También era capaz de inspirar a un solo escudero con su propio espíritu ardiente, de atacar a un ejército, de rechazar una invasión y de conquistarse la admiración y el afecto de todo el pueblo, el cual se interpuso entre él y su padre para evitar que muriera.

Y era sensible y tierno. Sí, Jonatán tenía una maravillosa capacidad de afecto. Amó a David como a sí mismo. Estuvo preparado para entregar a su amigo, sin dolor alguno, la sucesión al trono que le podía haber correspondido. Juzgamos a un hombre por sus amigos y por la admiración que despierta en ellos. Cualquiera hombre que fuera un verdadero amigo de David, tuvo que haber poseído muchos de aquellos rasgos distintivos que había en él mismo.

Jonatán era además genuinamente religioso. Así, cuando se nos presenta por primera vez (véase 1 S. 14), viene acompañado por su paje de armas. Sube sin ayuda para atacar la guarnición de los filisteos, fuertemente atrincherados detrás de los peñascos escarpados. Y cuando se da la señal convenida, la acepta como una señal de la victoria que el Señor está a punto de darle.

También, cuando los dos amigos tuvieron que separarse, con poca esperanza de volver a los buenos tiempos pasados, Jonatán halló solaz en el hecho del encuentro divino y en la fe de que el Señor estaría entre los dos. Y es que por más lejos que estemos de los seres que amamos, estamos muy cercanos a ellos en Dios.

Y cuando, por un arreglo secreto, se encontraron en un bosque en la última entrevista que tuvieron, «Jonatán vino a David y fortaleció su mano en Dios» (véase 1 S. 20:35-42). No es fácil describir todo lo que estas palabras significan: nuestros corazones interpretan las palabras, e imaginan que de aquel espíritu noble se derramó una corriente de santa animación hacia el corazón de su amigo.

Consideremos, empero, el conflicto en la vida de Jonatán: él era fiel a su padre; cuando su padre ascendió al trono de Israel, el Señor estaba con él, y Jonatán lo sabía (véase 1 S. 20:13). Tuvo que haber sido un deleite para él pensar que las afirmaciones de su padre coincidían con las de Dios, y el corazón del joven tuvo que haber saltado con una lealtad unida hacia los dos. Pero la bella perspectiva no tardó en ensombrecerse. El Señor se apartó de Saúl, y el poder de éste para mantener el reino se esfumó de inmediato. Los filisteos invadieron su tierra, las armas de su defensa fallaron, y su pueblo lo seguía temblando. Por último, Samuel le dijo que su reinado no podría continuar. Vino luego el día nefasto en que Saúl se entremetió en el oficio sacerdotal y ofreció sacrificio. Fue entonces cuando se pronunció la ominosa sentencia: «Jehová se ha buscado un varón conforme a su corazón, al cual Jehová ha designado para que sea príncipe sobre su pueblo».

A partir de ese momento, la carrera de Saúl tomó un curso inexorable hacia abajo. Pero Jonatán se mantuvo junto a él como si esperara que, por medio de su lealtad a Dios, pudiese detener los efectos del fracaso de su padre y conservar aún el reino para su pueblo. Hasta que llegó David, el ungido de Dios...

Al principio, aunque Saúl miraba a David con envidia, no había una ruptura abierta entre los dos amigos. David entraba y salía de palacio y gozaba de una posición de confianza. Pero cuando las llamas de la hostilidad, que hacia tiempo ardían en el corazón de Saúl, se manifestaron, comenzó la verdadera angustia para Jonatán. Por una parte, su deber como hijo y súbdito lo mantenía apegado a su padre, aunque sabía que su padre ya estaba condenado, y que la unión con él significaba el desastre para sí mismo. Por otra parte, sentía profundamente su amistad con David.

Esta fue la que lo hizo buscar afanosamente la reconciliación entre su padre y su amigo. Sólo cuando el fracaso repetido probó que su sueño no cuajaba en realidad, se dio por vencido.

Con todo, Jonatán decidió permanecer junto a su padre. De esa decisión nunca desistió. Cuando David se marchó a donde le pareció, Jonatán regresó a la ciudad. Su padre podía molestarse de la alianza de Jonatán con el hijo de Isaí, pero él callaba; y finalmente, cuando Saúl marchó a su última batalla contra los filisteos, Jonatán peleó al lado de su padre.

Finalmente, Jonatán murió como un héroe; no sólo por su denuedo en el campo de batalla contra los enemigos de su patria, sino también por su profunda amistad con otro hombre fuerte, con quien lo unían los lazos de la religión y un entusiasmo por todo lo bueno y recto.

Capítulo 8: Fuera de casa, y en ella

En hebreo, la diferencia entre los verbos «esperaré» y «cantaré», tal como aparecen en este pasaje, es poca. Se escriben de igual manera con excepción de una sola letra. Por tanto, el paralelo entre los dos versículos es muy notable: «A causa del poder del enemigo esperaré en Ti, porque Dios es mi defensa (...) Fortaleza mía, a Ti cantaré; porque eres, oh Dios, mi refugio, el Dios de mi misericordia» (Sal. 59: 9, 17).

La inscripción que encabeza este salmo, uno de los más antiguos, indica la ocasión en que se escribió: «Mictam de David, cuando envió Saúl, y vigilaron la casa para matarlo».

Veamos cuáles fueron los eventos que condujeron a este asalto a la casa de David...

A saber, cuando el ejército victorioso regresó del valle de Ela, la gente de toda la tierra salió a vitorear. Al cántico de victoria se agregaba este estribillo: «Saúl hirió a sus miles, y David a sus diez miles» (1 S. 18:7; 20:41). En aquel momento se despertó la envidia en el corazón de Saúl: «Y se enojó Saúl en gran manera (...) Y desde aquel día Saúl no miró con buenos ojos a David» (vs. 8 y 9).

Pero Saúl estaba más que envidioso. Intencionalmente se propuso frustrar el propósito de Dios. Samuel le había dicho claramente que el Señor había quitado de él el reino de Israel y se lo había dado a un prójimo suyo mejor que él. Y, sin duda alguna, cuando él vio que el mozalbete regresaba con la cabeza de Goliat en la mano, le sobrevino la terrible certidumbre de que David era el rey divinamente designado.

Saúl se dijo: «Yo soy el rey, y buscaré la manera de que esta predicción por lo menos no se cumpla. Un hombre muerto no puede reinar; y hay muchas maneras que no son asesinato directo por medio de las cuales se le puede quitar la vida a un hombre. Pero a esto tiene que llegar el asunto».

Supuso que si sólo podía quitarle la vida a David, el propósito de Dios se frustraría, y resultaría falsa la predicción de Samuel.

Así, al día siguiente, mientras David intentaba tranquilizarlo con el arpa, dos veces le arrojó la lanza, con la esperanza de que si lo clavaba en la pared, el acto pudiera interpretarse como de demencia; pero en cada ocasión, el arma pasó sin tocarlo, para clavarse en la pared de atrás y no en el corazón del joven.

Luego, Saúl le dio una importante comisión militar y lo hizo jefe de mil, con la esperanza de que este súbito ascenso hacia el lugar resbaloso de la prominencia y del poder mundanos se le fuera a la cabeza y lo hiciera cometer alguna traición, de la cual la muerte sería la obvia pena. Pero David se conducía prudentemente en todos sus asuntos, de tal modo que el rey, que lo vigilaba de cerca para ver cuándo caería, llegó a convencerse más que nunca de que David era el protegido de Dios, y lo miraba con respeto.

Luego ofreció al joven soldado la mano de su hija mayor en matrimonio, y cuando se acercaba el tiempo de la boda, traicioneramente le retiró la oferta. La intención era la de despertar su ardiente espíritu para que se vengara, y así poderlo acusar de traición; pero todos sus intentos fueron insuficientes para despertar en David aunque fuera un impulso pasajero de venganza.

De nuevo, cuando le ofreció su segunda hija, Mical, como premio que habría de ganar al presentar la evidencia de que había matado a cien filisteos, David regresó ileso con un número doble de evidencias. Y el amor del pueblo crecía...

Frustrado en todos sus intentos, el monarca abandonado por Dios, movido por la horrible furia de la envidia, dijo a Jonatán y a todos sus siervos que ellos tenían que hacer desaparecer la atormentadora presencia de David. Pero, por supuesto, el plan fracasó porque Jonatán era un gran amigo de David, y además todo Israel y Judá lo amaban. Jonatán en realidad le arrancó a su padre la promesa de que no mataría a su amigo.

Pero poco después, cuando el joven músico tocaba el arpa buscando aliviarle la melancolía, la lanza que le arrojó la mano de Saúl volvió a pasar cerca de él, y lo hubiera clavado en la pared si David no hubiera sido tan ágil. Era ya de noche, y David huyó a su casa, donde estaba su joven esposa. Mas, persistiendo en el propósito de matarlo, «Saúl envió luego mensajeros a casa de David para que lo vigilaran y lo matasen a la mañana».

La mente ágil de Mical salvó la vida de su marido. Ella lo descolgó por una ventana, y él pudo escapar. Luego ella colocó una figura en la cama cubierta con una colcha, lo cual hizo que los emisarios de Saúl pensarán que él estaba enfermo. Cuando poco después el rey se propuso arrebatar a su presa de en medio del lugar sagrado y de la misma presencia de Samuel, tres grupos de mensajeros enviados allí quedaron impotentes. Saúl fue vencido por el Espíritu de Dios (véase 1 S. 19:24).

Aquella debió haber sido una maravillosa experiencia para David. Para el sentido de la vista no había absolutamente nada que impidiera que los mensajeros del rey, o el mismo rey, lo capturaran. Pero por fe él sabía que estaba siendo guardado dentro de las cortinas de un pabellón intangible y que estaba guarecido bajo las alas invisibles. La presencia de Dios circundaba y protegía tanto a Samuel como a David. Y así hará nuestro Dios por cada uno de sus hijos perseguidos.

Este hombre perseguido es una lección para los hombres y para los ángeles. Saúl es su empedernido enemigo, que le tiende trampas y lazos por todas partes. Sin embargo, a través de todo ello, el corazón de David está tranquilo y sereno. En realidad, prorrumpe en alabanza, como se ve en los versículos finales de este salmo. ¿Cuál fue el secreto de su serenidad?

Le sostenía sobre todo su convicción de lo que era Dios: su fortaleza, eso era Dios dentro de él; Dios era su refugio: eso era Dios fuera de él. No había demanda que Dios no pudiera satisfacer, ni peligro que no pudiera mantener a raya. Y es que Dios es todo eso para el alma que ha aprendido a situarlo a Él entre sí y todo lo demás. La compostura de David residía, luego, en su actitud hacia Dios: «En Ti, oh fortaleza mía, esperaré».

El verbo que se tradujo por «esperaré» se usaba en hebreo con respecto a un pastor que esperaba su rebaño, al guarda de una torre, al centinela que va y viene haciendo su ronda. ¿Es esta nuestra actitud habitual? Hay muchos que elevan sus oraciones sin mirar hacia la escalera por la que descienden los ángeles cargados con la respuesta celestial. Oramos, pero no esperamos; pedimos, pero no esperamos recibir; llamamos, pero nos vamos antes de que se abra la puerta.

Esta es la lección que tenemos que aprender: depender de Dios, esperar la visión, creer que el que nos enseñó a confiar no puede decepcionar nuestra confianza, estar seguros de que ninguno que espere en Él puede ser avergonzado... ¡Esto es esperar en Dios! Entonces, Él nos guardará calmados y tranquilos y cambiará nuestra espera en cántico.

Capítulo 9: El mensaje de las saetas

Jonatán ejercía una profunda influencia sobre su padre. Saúl no hacía ninguna cosa, grande o pequeña, que no la «descubriera a su oído». Por el bien de su amigo, como también por el de su padre, Jonatán anhelaba mucho efectuar una reconciliación entre aquel a quien debía su lealtad de hijo y de súbdito y aquel excepcional pastor, músico y guerrero, cuya amistad últimamente había sido como un rayo de luz sobre su vida.

Era la víspera de la fiesta de la luna nueva, cuando Saúl invitaba a los principales del reino a un banquete; y los dos amigos estuvieron de acuerdo en que este era un momento oportuno para probar los verdaderos sentimientos de Saúl. David propuso que él se ausentaría del banquete real, para visitar en cambio la casa de su padre en Belén. Sería bastante fácil para él hacer esto y regresar al tercer día. Entretanto, Jonatán vigilaría atentamente la conducta de su padre, observando el tono de su voz para ver si era cruel o bondadoso (véase 1 S. 20).

El esquema general de este plan se arregló dentro del palacio, pero les pareció prudente continuar la conversación en algún lugar retirado. Jonatán, entonces, propuso el ingenioso plan: «Y yo tiraré tres saetas hacia aquel lado, como ejercitándome al blanco. Luego enviaré al criado diciéndole: Ve, busca las saetas. Y si dijere al criado: He allí las saetas, más acá de ti, tómalas; tú vendrás, porque paz tienes, y nada malo hay, vive Jehová. Mas si yo dijere al muchacho así: He allí las saetas más allá de ti; vete, porque Jehová te ha enviado» (vs. 20-22).

No fue un juego de niños el que emprendió Jonatán por el sagrado motivo de la amistad; y probablemente estaba muy bien preparado para la explosión que vendría como resultado de su protesta por la ausencia del amigo. El primer día Saúl notó la ausencia de David, pero no dijo nada; el segundo, sin embargo, cuando vio que el asiento de David estaba vacío aún, se volvió con enojo hacia su hijo Jonatán y le preguntó la razón: «¿Por qué no ha venido a comer el hijo de Isaí hoy ni ayer?» (vs. 27).

Jonatán le dio de inmediato la respuesta que habían concertado respecto al deseo que tenía David de ir a visitar a su familia, y dijo que él mismo le había dado permiso para estar ausente. La furia de Saúl no tuvo límites: con una hiriente alusión a la madre de Jonatán, la propia esposa de él, a la cual señaló como la culpable de la perversidad de su hijo, y con la

demanda de que se le trajera a David de inmediato para que muriera, el monarca demostró claramente el inveterado odio que sentía hacia David. Jonatán hizo un vano esfuerzo de razonar con el furioso monarca, pero el rey le arrojó la lanza para herirlo. Entonces comprendió Jonatán que él y David tenían que prepararse para lo peor; y se retiró de la mesa ardiendo de ira, pues sufría por el caso de su amigo y porque su padre lo había afrentado.

Como en el caso de David, el Señor Jesús está ahora en oscuridad y en descrédito en muchos lugares; su Nombre no es popular, su Evangelio es mal entendido, sus seguidores están sometidos a reprensión y a desprecio. Las saetas de Jonatán indicaban que él no vacilaba en defender a David; así también, que nuestras palabras le aseguren al Señor que estamos dispuestos a recibir escarnio, reproche y muerte por su querido Nombre.

Finalmente, las saetas indicaban el peligro inminente... «...entendió Jonatán que su padre estaba resuelto a matar a David (...) Y cuando el muchacho iba corriendo, él tiraba la saeta de modo que pasara más allá de él (...) Luego que el muchacho se hubo ido, se levantó David del lado del sur, y se inclinó tres veces postrándose hasta la tierra; y besándose el uno al otro, lloraron el uno con el otro; y David lloró más» (1 S. 20: 33, 36, 41).

No hubo necesidad de explicaciones por parte de Jonatán, pues David comprendió que el Señor había determinado que se marchara. El mensaje de esas saetas es inexorable también para nosotros: no hay alternativa sino salir e irse...

Con todo, hay cosas que nunca dejamos. David tenía una posesión inalienable: el amor de su amigo, la devoción de su pueblo, el recuerdo de la bondad de Dios, la experiencia divina estaba siempre con él. Del mismo modo, hay hebras en la tela de nuestra vida que nunca pueden extraerse ni destruirse.

Hay un propósito divino que determina nuestra carrera. No hay casualidad en la vida de un hombre bueno. La salida es necesaria para lograr mayor felicidad que la que dejamos. Si David hubiera permanecido en el palacio, su vida habría sido olvidada y habría perdido toda la gloria y la felicidad que luego en años posteriores hicieron rebosar su copa. Este era el camino hacia el trono. Sólo así podría cumplirse la sentencia que el profeta Samuel había susurrado en su oído años atrás.

Las saetas indicaban también que el amor humano tiene que sufrir separación. Este fue el último encuentro de los dos nobles corazones: Jonatán y David. En verdad, estos amigos sólo se encontraron una vez más, poco antes de la muerte de Jonatán. Pero habían comprendido que tenía que ser así. «Vete en paz», le dijo finalmente Jonatán, como si ya no pudiera soportar la horrible angustia de la despedida. «Y David se levantó y se fue», y se convirtió en un fugitivo y un proscrito, expuesto a ser capturado en cualquier momento y a una muerte violenta; mientras Jonatán regresaba pensativo y triste al palacio, donde tendría que pasar el resto de su vida en contacto con uno que no miraba con simpatía sus nobles sentimientos, que había ultrajado sus más tiernas sensibilidades.

Estas son las cosas que dejan cicatrices en los corazones y emblanquecen el cabello. Pero Cristo viene a nosotros en tales oscuros momentos, como lo hizo con los discípulos, a quienes había manifestado el pleno significado de la partida de su Maestro que ya se acercaba. Finalmente, no hay nada que sirva de puente sobre el profundo golfo de la separación como creer que Dios está dirigiendo cada detalle y confiar absolutamente en su Providencia.

Capítulo 10: Casi loco

No es fácil andar con Dios. El aire que bate en las cumbres del Himalaya de la comunión divina es raro y difícil de respirar. Los pies humanos se cansan pronto, y la fe flaquea ante el esfuerzo de mantener el paso a la par del divino. David descubrió que esto era así, y cayó en un terrible desplome. Las etapas y las consecuencias de este lapso, junto con su recuperación, han de ocupar ahora nuestro estudio...

La primera indicación de la amenaza existente del declive de David fue la observación que le hizo a Jonatán en el sentido de que no había sino un paso entre él y la muerte (véase 1 S. 20:3). Evidentemente su fe estaba comenzando a titubear, pues no podría haber habido nada más definido que la seguridad divina de que él habría de ser rey. David estaba mirando a Dios a través de la niebla de las circunstancias, que ciertamente para los ojos de los sentidos eran amenazantes, en vez de mirar las circunstancias a través del vapor dorado de la misma ayuda de Dios que estaba presente. Pero David posiblemente confiaba de manera demasiado absoluta en lo que había recibido, y descuidó la diaria renovación de la unción celestial (véase Jn. 1: 33 y 34; 1 Jn. 3: 3 y 4).

Luego adoptó un subterfugio que no era digno de él, ni de su divino y poderoso Amigo. Ya avanzada la tarde, la víspera del día de reposo semanal, llegó el yerno del rey, con sólo un puñado de seguidores suyos, al pequeño poblado de Nob, situado entre las montañas a unos ocho kilómetros al sur de Gabaa. Aquel era un lugar apacible y apartado, como convenía al carácter y a la vocación de sus habitantes, quienes se ocupaban en el servicio del santuario. Un número de 86 hombres que usaban el efod de lino vivían allí con sus respectivas esposas, hijos, bueyes, asnos y ovejas. A la tranquila corriente de la existencia en aquel lugar santo y retirado, apenas llegaba algún murmullo procedente de las tormentas del mundo externo. El sendero que conducía al sencillo santuario sólo era hollado por ocasionales visitantes, como Doeg, quien había llegado allí a pagar sus votos, o a ser purificado de la contaminación ritual.

Era necesario responder las preguntas y calmar las sospechas del sacerdote; así que David indujo a Ahimelec a creer que sus jóvenes ayudantes y él habían estado en esta expedición por lo menos durante tres días; que el rey había insistido especialmente en que la misión era privada y secreta; y que una gran escolta lo esperaba a la distancia. Pero mientras urdía estas

excusas para el sacerdote de mente sencilla, y aseguraba su voluntaria cooperación en lo que respecta a provisiones y armas, un escalofrío le sacudió el corazón cuando vio el oscuro semblante de Doeg, el edomita, «el principal de los pastores de Saúl». David sabía que toda la historia se le volvería en contra, pues llegaría a oídos del vengativo monarca.

La intranquilidad por este huésped insospechado y el temor por sí mismo le sobrecogieron el corazón; y tan pronto como pasó el día de reposo se marchó de allí y apresuradamente anduvo por las colinas en dirección sureste hasta atravesar la profunda depresión del valle de Ela, donde él había logrado la gran victoria de su vida. Unos dieciséis kilómetros más adelante se hallaba la orgullosa ciudad filisteas de Gat, que en el tiempo de la batalla había enviado a su campeón con todo el despliegue de su estatura y de su fuerza.

Atrás, David había dejado a un enemigo implacable. ¡Qué peor destino podría esperarle en Gat que aquel que lo amenazaba cada momento que permaneciera dentro de los límites de Judá! Por tanto, resolvió aventurarse, probablemente con la esperanza de que, como ya era un guerrero maduro, no lo reconocerían como el muchacho pastor de años atrás; o de que los filisteos se alegrarían de contar con su ayuda en sus guerras contra los compatriotas de David.

Tal vez por el hecho de que la espada de Goliat colgaba de su cinturón, fue instantáneamente reconocido. Sus manos se habían empapado con sangre filisteas. La fortuna de él se había levantado del polvo a expensas de los acongojados corazones y hogares de toda la tierra de los filisteos. David comprendió el inmenso peligro en que se hallaba de ser encarcelado y ejecutado. Recurrió entonces, para salvarse, a la treta indigna de imitar la conducta de un loco; y escribía en las hojas de las puertas de la ciudad y dejaba que la saliva le corriera por la barba. Su ardid tuvo éxito. Aquis lo descartó con una salida humorística a sus siervos, en el sentido de que él ya tenía suficientes locos y no necesitaba otro.

Este fue ciertamente uno de los episodios menos dignos en la agitada vida de David, muy indigno del ungido de Dios. Y lo vergonzoso está en que no habría habido necesidad de ello, si él, por su incredulidad, no se hubiera apartado del Dios vivo.

A primera vista nos asombramos por la discrepancia aparentemente irreconciliable entre las escenas que acabamos de describir y el Salmo 56, cuya inscripción lo relaciona con ellas. Pero una mirada más de cerca

pondrá de manifiesto muchos parecidos entre las circunstancias del cantor y sus palabras conmovedoras. Y así se nos recuerda que, debajo de mucho de lo que es indigno y despreciable, puede estar ardiendo una verdadera devoción, un vigoroso anhelo de Dios, un alma de bien entre las cosas malas. La mayor parte de este exquisito salmo está estructurada en dos estrofas, cada una de las cuales termina con el mismo estribillo. El resto del Salmo está lleno de esperanza y alabanza, y es una expresión del gozo con que el salmista espera andar delante de Dios en la luz de la vida.

Así, en los primeros cuatro versículos, el salmista se vuelve del hombre a Dios; de las apretadas filas de sus enemigos a la misericordia divina. Sus enemigos surgen en torno a él, y amenazan con engolfarlo y tragárselo. Él se considera como una paloma solitaria que está lejos de sus bosques nativos; su corazón tiembla y se llena de dudas, entre los muchos que pelean contra él con soberbia. Sin embargo, contrasta el temor con la fe, y discute consigo mismo con respecto a que su temor no tiene base; y contrasta la fuerza carnal del hombre con el supremo poder de Dios. Un nuevo canto surge en su boca, cuya esencia es: «No temeré» (vs. 4).

¡Oh, qué feliz es el alma que ha aprendido a estar al lado de Dios como su Roca y su Fortaleza!

No obstante, en la segunda parte del Salmo, de nuevo David se halla en las profundidades. Nunca hay un momento de interrupción en la lucha de sus palabras; ni un destello de alivio en la hostilidad de sus pensamientos; ni un paso que no sea vigilado atentamente por los que acechan su alma. Vaga a intervalos de refugio en refugio; sus lágrimas caen densas y pidas; sus enemigos son tan numerosos como los cabellos de su cabeza. Sin embargo, volvemos a oír la voz de la fe que resuena con una positiva declaración: «Esto sé, que Dios está por mí» (vs. 9).

Finalmente, en la tercera parte del Salmo no hay más recaída. Acaso el corazón de David está firme, confía en el Señor. Los votos de Dios están sobre su cabeza. Mira hacia atrás, hacia el oscuro abismo en que su alma casi había ido a parar, y comprende que está libre para siempre. Al llegar la mañana, ve huellas al borde del precipicio, y reconoce que el poder y la gracia divinos lo han librado de la caída. Y ahora está seguro de que, desde ese día en adelante, andará en la luz de la vida. En la extrema angustia de aquellas horas que pasó en Gat, el que había caído regresó a Dios, y una vez más se sentó, como un hijo en el hogar, ungido con aceite, a la mesa aderezada en presencia de sus enemigos.

Un hijo de Dios puede ser perdonado y restaurado; sin embargo, las consecuencias de su pecado pueden envolver sufrimientos para muchas vidas inocentes. Así sucedió en el caso de Ahimelec.

A saber, poco después, cuando Saúl se propuso despertar la simpatía de sus siervos enumerando los males que había sufrido a manos de David, Doeg aprovechó la oportunidad de congraciarse con el favor real narrando lo que había visto en Nob. Contó lo ocurrido de tal modo que pareciera que el sacerdote y su casa eran cómplices en la acción de David, y tal vez estaban inclinados a que David ganara el poder supremo. En vano afirmó Ahimelec su inocencia, enumeró los servicios de David y se refirió a las numerosas ocasiones en que David había buscado su ayuda.

Persistió en declarar que él no estaba al tanto de la lucha que había entre Saúl y su yerno. Pero antes que cayera la noche, las blancas túnicas de los sacerdotes estaban empapadas en sangre, y todo ser viviente del pueblecito de la montaña fue herido a espada. Por medio de un acto despiadado, toda la comunidad sacerdotal fue exterminada (véase 1 S. 22:6-23).

Pero hubo un sobreviviente, pues Abiatar escapó, y llevó en sus manos el efod; y un día vio David, para horror suyo, que la forma desgredada y manchada de sangre del sacerdote atravesaba veloz y jadeante el valle de Ela, para hallar refugio con la banda de proscritos en la cueva de Adulam. ¡Que los hijos de Dios tengan cuidado! El pecado es amargo para la conciencia del pecador, y son amargas las consecuencias que produce en otros. Sus semillas pueden esparcirse sin que luego puedan recuperarse, para producir amargas cosechas en las vidas de aquellos que, a través de su misteriosa unión con nosotros, están inevitablemente involucrados en las consecuencias de nuestras obras.

Capítulo 11:

La cueva de Adulam

Habiendo salido de Gat, con un corazón agradecido por la misericordia liberadora de Dios, David se apresuró a volver a cruzar la frontera y se halló de nuevo en el reino de Saúl. Su vida, sin embargo, estaba en gran peligro y no se atrevía a exponerse a los celos del rey. Aparentemente no había otra alternativa que adoptar la vida de un fugitivo y errante en las montañas de Judá, con las cuales su vida de pastor lo habían familiarizado tanto.

A unos tres kilómetros de Gat, por el valle de Ela hacia arriba, hay un laberinto de colinas y valles profusamente agujereados con cuevas. Una de estas, cerca de la antigua ciudad cananea de Adulam, de la cual tomó el nombre, le ofreció a David durante un considerable período el refugio que estaba buscando. El lugar en que estaba situada hacía posible que él pudiera cruzar de un país a otro, según lo exigiera la ocasión. Toda su familia huyó hacia el sitio donde se hallaba David, sin duda alguna por miedo a la violencia del odio de Saúl. También acudieron a él todos los que estaban afligidos, los endeudados, los descontentos, y él se convirtió en su capitán.

No es necesario abundar aquí acerca del amor filial de David, quien atravesó toda la distancia desde Adulam hasta Moab con el fin de conseguir asilo para sus padres. Baste decir que los dos viajes que hizo, primero para conseguir refugio para ellos y luego para escoltar a la anciana pareja hasta allí, nos muestran un rasgo enaltecedor del carácter de David.

No puede haber duda de que el Espíritu Santo desea que tracemos una analogía entre la historia de David y la del Señor Jesús en el actual momento en que Él es rechazado y proscrito del trono del mundo...

A saber, aunque Saúl había sido ungido por Samuel, a causa de la desobediencia había perdido su derecho a reinar. Ya se había pronunciado la sentencia de destitución, y se esperaba que se ejecutara en el momento apropiado.

De la misma manera, Satanás, el oscuro espíritu caído, que fue una vez un ángel que estaba sentado sobre el monte de Dios, y era perfecto en sus caminos desde el día en que fue creado hasta que se halló injusticia en él, aún retiene el trono del mundo. Él lanza su jabalina contra el rey que Dios

escogió conforme a su propio corazón. En la tentación y en el Getsemaní quiso más bien haberlo clavado en el muro. Pero todos sus intentos tenían que fallar. Como Saúl cayó en el campo de Gilboa, así el príncipe de las tinieblas será echado finalmente en el abismo.

En segundo lugar, el reino de David estuvo escondido; era un verdadero reino, aunque era un misterio velado en la oscuridad de la cueva de Adulam y escondido en el laberinto formado por valles y montañas. Tal fue también la experiencia del Rey divino, quien cayó en el misterio del abandono en la cruz y en el de ser rechazado en la tumba y cuya Persona y Reino están ahora completamente ocultos del mundo de los hombres. Por ahora, su Reino es «un misterio».

Además, David y sus seguidores estuvieron separados. Sacados del campamento de Israel, no tenían otra alternativa. No tenían conexión inmediata con las fiestas, ni con los espectáculos públicos, ni con los concilios, ni con las decisiones, ni con la política interna, ni con las guerras contra los extranjeros que libraba Saúl. El destino de un exilio, y el sendero del errante y extranjero, les fueron asignados a David y a los que estuvieron dispuestos a compartir su suerte. Tuvo que haber habido una perpetua tristeza y soledad en su alma.

El verdadero Rey de los hombres está aún fuera de la política y de la sociedad humanas. No podemos tenerlo a Él y a la vez tener esa política y esa sociedad. Los que deseen ser sus súbditos tienen que salir a encontrarse con Él fuera del campamento, dispuestos a abandonar todo lo que tienen y ser considerados como desecho del mundo.

David se conformó con esperar el tiempo oportuno de Dios. Nunca se vengó de ninguna provocación que le hiciera Saúl. Por más fácil que fuera la oportunidad de lograr ventaja sobre su vengativo perseguidor, él nunca la aprovechó. Estaba preparado para esperar el tiempo oportuno de Dios y para recibir el poder supremo según el método divino. Y así ha ocurrido a través de estos siglos que van pasando, mientras nuestro Salvador está esperando. Ahora es el tiempo del Reino y de la paciencia de Jesucristo; aquí está la paciencia de los santos, mientras toda la creación anhela la manifestación de los hijos de Dios.

La noticia de que David había regresado a Judá y de que se hallaba en el refugio de la cueva se extendió rápidamente por toda la tierra; y los que estaban afligidos por la desdicha, la pobreza y la amargura del alma comenzaron a reunirse en torno a él. ¡El joven líder pronto se halló a la

cabeza de cuatrocientos hombres, una banda muy heterogénea! El historiador sagrado dice que sus rostros eran como de leones, y que eran tan rápidos como los ciervos en las montañas; pero sus temperamentos eran probablemente turbulentos y feroces. Se necesitaba toda la gracia y el tacto y la habilidad de estadista de que era capaz el joven gobernante para reducirlos a la disciplina y al orden. Ciertamente no fue pequeña hazaña organizar tales materiales, de tal modo que llegaron a constituir el núcleo del más grande ejército de su tiempo, y llevaron el estandarte de Israel hasta los límites más remotos a que jamás había llegado.

Es imposible no volvernos de David hacia Aquel que, aunque proscrito del esquema de este mundo y de su príncipe, está siempre reuniendo en torno a su estandarte a los pobres y desechados, a los leprosos y pecadores, a los ciegos, los magullados y los de corazón quebrantado, a los que están en aflicción, endeudados y descontentos, para convertirlos en soldados que ganarán el mundo para Él.

Estos soldados bravos y rudos hallaron en David un nuevo centro para su vida. Nosotros también, en el Señor Jesús, hemos hallado un nuevo objetivo. Vivir para Él es vivir en verdad, y morir por Él es ganar.

¿Abandonaron ellos los modales y costumbres de su vida anterior y permitieron que la lanzadera del amor y de la devoción tejiera un nuevo carácter? Nosotros tenemos que despojarnos del viejo hombre con sus obras, y vestirnos del nuevo hombre.

¿Estimaban ellos a David porque había quitado su descontento, alivió su aflicción y los redimió del desorden y la ansiedad de su existencia? Mucho más tenemos que amar a Aquel que ha hecho más favor por nosotros que lo que hizo David por sus seguidores. Él pagó nuestras deudas con su preciosa sangre, nos exoneró de nuestros acreedores al pagarles Él personalmente, nos vistió con su perfecta belleza, alivió nuestros dolores y calmó y tranquilizó nuestras almas.

El Salmo 34 se relaciona con la cueva de Adulam. Fue allí donde la pequeña hueste necesitaba que el ángel acampara alrededor de ellos; allí rugían los leoncillos mientras deambulaban por los desiertos en busca de alimento; allí también se solicitó perpetuamente el cuidado de Dios para que guardara los huesos de los fugitivos, a fin de que no se quebraran al caer en las hendiduras (véase vs. 7, 10, 20).

Finalmente, el alma que practica una vida de separación, que deja tras sí el pecado que ha sido juzgado, abandonado y perdonado, puede contar con las siguientes bendiciones: liberación -aun en medio de las dificultades y perplejidades causadas por sus propios delitos (vs. 4, 7, 17, 19)-, iluminación -pues lo que es la alborada para el fatigado observador, eso será Dios para el alma que en medio de la oscuridad ha estado buscando a tientas, si sólo levanta su rostro hacia el de Él (vs. 5)-, perfecta provisión -de tal modo que no le falte nada de lo que realmente necesite (vs. 10)- y la percepción de la cercanía a Dios. En efecto, Él estará más cercano que lo más cercano, y será más real que la presencia o la ausencia de cualquiera (vs. 18).

Capítulo 12: La piedra blanca

No está perfectamente claro dónde se encontraba David cuando Abiatar se unió a él. En lo que se refiere a tiempo, se requiere que fijemos el asesinato de los sacerdotes poco después de que él huyera a Gat; y en ese caso, Abiatar tuvo que haber acudido a David mientras este estuvo escondido por primera vez y durante un período prolongado en la cueva de Adulam. Basados en esta suposición ya hemos esbozado la llegada del fugitivo allí jadeante y desgredado (véase 1 S. 23:6).

La razón especial por la cual David se sintió satisfecho de recibir a Abiatar fue que éste trajo consigo, rescatado del pillaje a que fue sometido el pueblecito, el sagrado efod, dentro del cual estaba el sagrado Urim y Tumim, palabras que significan «luz» y «perfección».

La ropa que llevaba debajo el sumo sacerdote era una túnica de lino blanco, sobre la cual usaba un manto azul, y sobre este el efod, hecho de lino tejido con hebras de azul, púrpura, escarlata y oro. A este se fijaba el pectoral, en el cual había doce piedras preciosas, que representaban las doce tribus de Israel. En dicho pectoral probablemente había uno o dos diamantes bellos y resplandecientes, a través de los cuales Dios manifestaba su voluntad. Si al hacer con reverencia el sacerdote a Dios cualquier pregunta, la luz de estas piedras preciosas se opacaba, eso significaba que la respuesta era negativa; si por el contrario, fulguraban de esplendor, eso significaba que la respuesta era afirmativa.

Obviamente fue una gran ganancia para David tener a mano este inapreciable método de comunicación entre Jehová y él. Ya Gad estaba con él como representante del oficio profético; ahora Abiatar y el efod representaban la más preciosa prerrogativa del sacerdocio. Por cualquiera de estos medios, y probablemente en estos primeros días, especialmente por el último, él podía en cualquier momento saber la voluntad de Dios.

Así, por ejemplo, si le llegan noticias de que los filisteos están saqueando Keila, David no se atreve a perseguirlos hasta consultar primero con el Señor. Si la gente del pueblo se propone traicionar cobardemente a su libertador, él no se atreve a salir de la pequeña ciudad hasta haber recibido instrucciones divinas que le indiquen que tiene que marcharse.

En una de las más horribles experiencias de su vida, cuando sus hombres hablaban de apedrearlo en vez de defender su causa, él le dijo a Abiatar: «Yo te ruego que me acerques el efod» (1 S. 30:7).

Abiatar se lo acercó, y David consultó a Jehová. Y mucho tiempo después de haber sido reconocido como rey de la tierra, en sus conflictos con los filisteos, tenía el cuidado de consultar con el Señor con respecto al método mismo de ataque (véase 2 S. 5:17-25).

Evidentemente esta era la práctica santa de su vida: esperar en Dios hasta haber dado tiempo suficiente para una clara manifestación del propósito y del plan divinos.

Recapitulemos: cuando Israel salió de Egipto, fueron guiados a través del desierto por medio de una columna de nube y fuego, luego que se establecieron en su propia tierra, el Urim y el Tumim ocuparon su lugar, después de algún tiempo, los profetas hablaban movidos por el Espíritu Santo, y ahora, en el Nuevo Testamento, tenemos la Iglesia, que juega un papel muy importante, señalando al pueblo el camino de Dios.

En uno de los últimos mensajes que dio el ascendido Señor a su Iglesia, a través del apóstol Juan, predijo que el que venciera al mundo recibiría una «pedrecita blanca» (véase Ap. 2:17), y el adjetivo blanca significa resplandeciente o lustrosa. Por tanto, puede denotar un diamante, o probablemente se refiera a aquellas piedras antiguas que había en el pectoral del sacerdote, que se opacaban o fulguraban con los oráculos divinos.

Dicho esto en otros términos, cada hijo de Dios tiene su propia piedra de Urim y Tumim, que es una conciencia libre de pecado, un corazón limpio en la sangre de Cristo y una naturaleza espiritual llena del Espíritu Santo de Dios.

Cuando estemos en duda o en dificultad, cuando muchas voces nos impulsen a hacer esto o lo otro, quedémonos quietos en la presencia de Dios; estudiemos su Palabra con una actitud de devota atención; elevemos nuestra naturaleza hacia la luz pura de su rostro, con el anhelo de saber sólo lo que Dios el Señor determine, y antes que pase mucho tiempo tendremos una impresión muy clara, la inequívoca predicción de su consejo secreto. En las primeras etapas de la vida cristiana no es prudente depender sólo de esto, sino que es mejor esperar la corroboración de las circunstancias.

Pero los que han tenido numerosos tratos con Dios conocen bien el valor de la comunión secreta con Él para confirmar su voluntad. Los diarios de George Fox están llenos de referencias a este secreto del Señor, que está con todos los que le temen.

Acudamos, pues, a Dios con todas nuestras preguntas, y aprendamos de la luz de su sonrisa o de la nube de su negativa. Si nos atrevemos a esperar en silencio y con expectación, aunque todos los que nos rodean insistan en una decisión o acción inmediata, comprenderemos claramente la voluntad de Dios.

Capítulo 13: Cánticos nacidos del dolor

Es notable el hecho de que muchos de los salmos de David datan de aquellos días oscuros y tristes en que él era perseguido como una perdiz por las montañas. Podemos seguir su sendero a través del Salterio, como también en las sagradas narrativas de sus peregrinaciones. Keila, Zif, Maón, En-gadi entregan sus temas para que hagamos esfuerzos que vivirán para siempre. Ahora trazaremos el paralelo entre la historia de David y sus cantos.

Así, por ejemplo, mientras David estaba escondido en el bosque de Haret, le llegaron las noticias de una incursión de los filisteos a uno de los infortunados pueblos de la frontera: «He aquí que los filisteos combaten a Keila, y roban las eras».

En ese tiempo, la cosecha del año estaba extendida para trillarla; por tanto, era el momento oportuno para los saqueadores. El enemigo más amargo e implacable de Israel se estaba llevando el trabajo del año y arreando el ganado. David se levantó y descendió de las colinas de Judea hacia los llanos, se encontró con los merodeadores cuando ya iban de regreso, fuertemente cargados con el botín y experimentando dificultades con el ganado. Él mató a muchos de ellos y devolvió todo el despojo a la regocijada gente del pueblo que, en recompensa por sus servicios, con alegría le dieron alojamiento y lo agasajaron junto con sus hombres.

Aquella recepción tuvo que haber sido algo muy bueno para la pequeña banda de hombres agotados. El hecho de volver a estar en un pueblo que tenía puertas y vallados fue bien recibido como un cambio de aquella vida en cuevas y cavernas metidas en las entrañas de la tierra. Y este rayo de consuelo fue el que probablemente hizo que el músico principal produjera el Salmo 31: «Bendito sea Jehová porque ha hecho maravillosa su misericordia para conmigo en ciudad fortificada» (vs. 21).

Su estancia en Keila llegó a su fin cuando recibió noticias, tal vez enviadas por Jonatán, de que Saúl estaba preparando un expedición para ir a capturarlo. Estas informaciones fueron confirmadas por el efod, mediante el cual David consultó con el Dios de Israel; por este medio también recibió la comunicación de que el pueblo de la ciudad, cobarde e ingrato, cuando se viera obligado a escoger entre el rey y David, no vacilaría en salvarse entregando a su libertador. Entonces David y sus hombres, que

eran como seiscientos, se levantaron y se marcharon de Keila, y fueron a cualquier parte donde pudieran ir. Tal vez se dividieron en pequeños grupos, mientras el líder, con sus devotos seguidores más intrépidos, se abrió paso hacia la vecina localidad de Zif, situada a unos cinco kilómetros al sur de Hebrón.

Este fue más o menos el período más adverso en la vida de David. El rey lo buscaba todos los días con una malicia que indicaba que evidentemente había salido a buscar su vida. Además de este implacable odio, estaba la traición premeditada de los zifitas, quienes trataron de obtener el favor del rey denunciando el escondite de David. A David le llegó la noticia de la traición que ellos intentaban y se movió más al sur, al desierto de Maón, donde una montaña cónica permite un amplio panorama de la zona circundante. Pero los hombres de Zif condujeron al rey hacia dicho lugar con tal mortal precisión, que antes de que David y su banda pudieran escapar, el pequeño grupo sitiado descubrió que la montaña en que ellos estaban reunidos se hallaba rodeada por las tropas reales, y que era imposible escapar. Para ellos fue afortunado el hecho de que en esta coyuntura, un jadeante mensajero irrumpió ante Saúl con estas palabras: «Ven luego, porque los filisteos han hecho una irrupción en el país» (1 S. 23:27). Fue entonces cuando David dio un gran suspiro de alivio y cantó el Salmo 54: «Oh Dios, sálvame por tu Nombre, y con tu poder defiéndeme» (vs. 1).

De Maón, cuando el calor de la persecución hubo pasado, David trasladó su centro de operaciones hacia el este, hacia los baluartes de la cabra montés situados en las costas del Mar Muerto. Se dice que piedras grises curtidas por la intemperie indican el sitio de una antigua ciudad, y que se han descubierto trazados de palmas incrustados en las piedras. Este fue el siguiente lugar de reunión de David: En-gadi, la guarida de la cabra montés.

Aquí de nuevo el salmista expresa sus experiencias a través de la música en dos inapreciables cantos. El primero es el Salmo 57: «Ten misericordia de mí, oh Dios, ten misericordia de mí; porque en ti ha confiado mi alma» (vs. 1).

El segundo, el Salmo 142: «Con mi voz clamaré a Jehová; con mi voz pediré a Jehová misericordia. Delante de Él expondré mi queja» (vs. 1 y 2).

Las experiencias del desierto dieron también origen a otros salmos, todos los cuales se caracterizan por una recurrencia a las mismas metáforas tomadas del escenario del desierto y de los peñascos; de sus mismas protestas de inocencia, de los mismos ruegos para que lo cubriera la sombra del Altísimo, de las mismas referencias a Saúl, las cuales expresa con delicadeza. Entre estos están los Salmos 11, 13, 17, 22, 25, 64.

No podemos tratar estos salmos detalladamente, pero una o dos características cautivarán la mirada más superficial...

En primer lugar, hay en ellos una consciente rectitud. Su conciencia estaba limpia y desprovista de delitos, tanto hacia Dios como hacia los humanos. Si alguien lo hubiera desafiado en cuanto a la absoluta ausencia del pecado, él habría reconocido que también necesitaba constantemente ofrecer sacrificios propiciatorios a fin de solicitar el favor de Dios para sí, como cualquier otro israelita. Sin embargo, con respecto a Saúl, o a cualquier traición contra él o contra su casa, protestó tranquilamente su absoluta inocencia, y se volvió confiadamente hacia Dios con las manos limpias y el corazón puro, como un hombre que no había elevado su alma a la vanidad, ni jurado con engaño.

En segundo lugar, hay en ellos gran evidencia de sufrimiento. De todas las fuentes de dolor no hay ninguna que sea tan difícil de soportar como la malicia de nuestros compañeros. Esto hizo sufrir a David más que cualquier otra cosa. Aunque él era absolutamente inocente, aunque estaba dispuesto a entregarse a la oración y al ministerio a favor de ellos, sus calumniadores no obstante lo persiguieron con inexorable malicia: «Sus dientes son lanzas y saetas, y su lengua espada aguda» (Sal. 57:4). Pero él clamaba a Dios: «Oh Dios, sálvame por tu Nombre, y con tu poder defiéndeme» (Sal. 54:1). «He aquí, Dios es el que me ayuda» (Sal. 54:4). «Clamaré al Dios Altísimo, al Dios que me favorece. Él enviará desde los Cielos, y me salvará (...) Dios enviará su misericordia y su verdad» (Sal. 57: 2 y 3). «No tengo refugio, ni hay quien cuide mi vida; clamé a ti, oh Jehová; dije: Tú eres mi esperanza» (Sal. 142: 4 y 5).

¡Qué profundidades tan patéticas hay en estas estrofas de petición! David se encomienda a Aquel que juzga justamente. Si algunos de los que leen estas líneas están siendo injustamente calumniados y perseguidos, que reposen en el Señor y esperen pacientemente en Él. Tal vez pueda transcurrir algún tiempo antes de la hora de la liberación, pero pronto Dios se levantará y elevará a los pobres por encima del polvo, «para hacerlos sentar con los príncipes y heredar un sitio de honor».

Capítulo 14: La moderación de David

Cuando David repasó su vida y escribió la crónica de sus experiencias, estaba bien al tanto de los innumerables males que lo habían rodeado, y de los muchos que habían tratado en vano de destruir su alma...

«Y se inclinó a mí, y oyó mi clamor. Y me hizo sacar del pozo de la desesperación, del lodo cenagoso; puso mis pies sobre la peña, y enderezó mis pasos. Puso luego en mi boca cántico nuevo, alabanza a nuestro Dios» (Sal. 40:1-3).

Y si insistimos en averiguar cuál fue su actitud durante todas estas experiencias largas y tristes, él responde: «Pacientemente esperé a Jehová» (vs. 1).

Esto es, esperamos al Señor con paciencia y sumisión. ¡Cuán necesario es que nosotros aprendamos también esta lección de silencio, paciencia y resignación!

Pero, para poder esperar a Dios, tiene que haber alguna promesa que justifique nuestra espera, o algún compromiso definido de Dios en el cual podamos descansar. Así, por ejemplo, cuando Jonatán y David se encontraron por última vez en el bosque de Zif, Jonatán le habló como un mensajero de Dios: «No temas, pues no te hallará la mano de Saúl mi padre, y tú reinarás sobre Israel, y yo seré segundo después de ti; y aun Saúl mi padre así lo sabe» (1 S. 23:17).

Además de esto, David era consciente de la facultad y el poder que Dios le había dado; de la capacidad para tomar el timón del perturbado reino y guiar la azotada nave hacia aguas más calmadas. Llegó a la convicción de que Dios tenía un gran propósito para su vida, y determinó en su propia mente que esperaría pacientemente a que el Señor hiciera lo que había dicho, y que no levantaría un dedo para asegurar el trono para sí mismo. Cuando llegara el momento para que él se sentara en el trono como el rey reconocido por el pueblo, sería desde el principio hasta el fin don y obra de Dios.

Una tarde en que Saúl, con tres mil hombres, perseguía con saña a David por entre las desoladas y agrestes rocas de Engadi, un extraño incidente lo colocó completamente en manos de su perseguido. David y sus hombres

estaban en los rincones más profundos de una inmensa cueva cuando Saúl entró en ella. Sus hombres habían seguido adelante, pero la intensa soledad y el silencio que había por dentro y por fuera lo dejaron impresionado; así que se demoró un poco en la entrada de la cueva.

El rey no tenía la más mínima idea del intenso interés con que estaba siendo vigilado por seiscientos pares de ojos, ¡ni del peligro a que estaba expuesto! Toda la banda se estremeció por la emoción. Esta era la oportunidad para que David terminara sus peregrinaciones y sus penurias con una sola arremetida de la lanza. Los hombres le susurraban: «¡Aprovecha la oportunidad!». Pero David los contuvo, reprimió su propia pasión que como fuego le corría por las venas, y luchó consigo mismo para acercarse calladamente y cortar el borde del manto de Saúl, a fin de probarle después que había estado completamente en sus manos. Pero aun así, después que Saúl salió de la cueva, y los hombres de David se apiñaron en torno a él, llenos de reconvenciones y malhumorados por la debilidad que había mostrado, a él lo turbó el remordimiento, y les dijo: «Jehová me guarde de hacer tal cosa contra mi señor, el ungido de Jehová, que yo extienda mi mano contra él; porque él es el ungido de Jehová» (1 S. 24:6).

Una vez más, Saúl, probablemente instigado por una influencia maligna, estaba persiguiendo a su rival, llevando consigo a tres mil hombres escogidos de Israel. Habiendo confirmado por medio de exploradores la exacta situación del campamento real en Haquila, David fue personalmente a inspeccionar desde un peñasco sobresaliente. En las afueras habían formado una ruda barricada con los carretones; dentro de esta barricada estaba el cuartel de los soldados, y en el círculo más interno estaban Saúl y Abner. Pero no se guardaban adecuadamente las vigilias de la noche, ni se había tomado precaución contra un ataque repentino.

Una súbita inspiración se apoderó de David, e invitó a Abisai y a Ahimelec el heteo a visitar el campamento por la noche. Con alegría, Abisai se ofreció voluntariamente para acompañarlo y, guiados por la clara luz de la luna, se arrastraron colina abajo, cruzaron la hondonada, se abrieron camino a través de los carretones y de las filas dormidas de soldados y se detuvieron un momento a susurrar sobre la forma postrada en que se encontraba el rey. Tomaron la lanza del rey y la vasija de agua que colgaba del cuello de Saúl, y luego «se fueron; y no hubo nadie que viese, ni entendiese, ni velase, pues todos dormían; porque un profundo sueño enviado de Jehová había caído sobre ellos» (1 S. 26:12). Una vez más había estado Saúl en su poder, pero él se había reprimido.

En cada una de estas ocasiones, David actuó con tal magnanimidad que llegó a ser un héroe y un santo. Él no se aprovecharía vilmente de su adversario. Decidió esperar el lento desarrollo del propósito divino.

Amargo en verdad hubiera sido el remordimiento de David si hubiera puesto atención a sus camaradas y le hubiera quitado la vida a Saúl. Eso le habría quitado toda la música a su arpa. Hubiera habido entonces cierta justificación para las palabras de maldición que contra él pronunciara Simei un oscuro día más adelante en su vida; pero aunque tales palabras lo hirieran hasta el tuétano, él sabría que la rebelión de Absalón y el hecho de que le había usurpado el trono no podía ser, como le diría Simei, una retribución de la misma clase por los tratos que él le había dado a Saúl. Ciertamente, aún habrían de pasar meses de ansiedad y suspense antes que los vítores de la coronación resonaran por las calles de Hebrón. Pero no había nada que deplorar; no había ningún augurio fatídico en el fondo de su copa de gozo.

¡Ten calma, oh corazón! Espera en Dios; ello te libraré de acciones y palabras que, de llevarlas a hecho, ensombrecerían el resto de tu vida.

¡Qué intrépido fue el espíritu de David, que se atrevía a llorar por el rey mientras levantaba la orilla del manto que le había cortado! ¡Qué intrépido el espíritu que desafió a los dos hombres más valientes de su pequeño ejército a realizar una hazaña, ante la cual uno de ellos se acobardó! ¡Ah! El hombre que vive conforme al propósito divino posee el secreto de un valor inextinguible. No le teme a nada, excepto a lo malo y a ofender a Dios.

Fue ciertamente basado en experiencias como estas que David escribió el Salmo 37, aun cuando pertenece a un período posterior:

«No te impacientes a causa de los malignos,
ni tengas envidia de los que hacen iniquidad.
Porque como hierba serán pronto cortados,
y como la hierba verde se secarán» (vs. 1 y 2).

Finalmente, cuando David dio tan inequívocas evidencias de moderación, de continua lealtad, de que aún sobrevivía el afecto a pesar de todo lo que se había hecho para extinguirlo, Saúl levantó su voz y lloró y confesó:
«He aquí yo he hecho neciamente, y he errado en gran manera» (1 S. 26:21).

Saúl reconoció la nobleza de David y hasta llegó a reconocer que este sería rey. Nada que no fuera moderación por parte de David habría podido acercarlo más al arrepentimiento.

Esta es la manera en que todavía podemos ganar a los hombres. Ganamos más cuando parece que entregamos más; y ganamos ventajas al negarnos a aprovecharlas de manera ilícita. El hombre que puede esperar a Dios es un hombre de poder.

Capítulo 15: Un benjamita

Es algo sorprendente encontrar a Saúl persiguiendo a David, luego del primero de los dos incidentes que acabamos de describir en el capítulo anterior. Parecía como si la reconciliación que hubo entre ellos en En-gadi hubiera sido completa. Y, sin embargo, luego de un breve lapso, otra vez andaba Saúl por la senda de la guerra.

Por supuesto, estos cambios caprichosos pueden haberse debido a la enfermedad que padecía, pero se ha sugerido otra explicación que arroja nueva luz sobre el Salmo 7. El doctor Maclaren, cuya obra sobre el Salterio ha hecho que toda la Iglesia le esté en deuda, hacía especial hincapié en la relación de este salmo con esta parte de la historia de David y señala su valor por cuanto nos ayuda a comprender las frecuentes vacilaciones en la conducta de Saúl. En el encabezamiento del salmo leemos: «Sigaión de David, que cantó a Jehová acerca de las palabras de Cus hijo de Benjamín».

¿Quién fue este Cus? Si examinamos detenidamente el salmo, hallaremos que guarda un estrecho parecido con las palabras que dijo David cuando Saúl y él tuvieron la breve discusión al salir de la cueva de En-gadi, y con las que posteriormente se cruzaron en la montaña de Haquila.

En realidad, las correspondencias son tan numerosas y minuciosas que establecen, casi fuera de toda duda, que la fecha del salmo sincroniza con los incidentes que se narran en 1º Samuel 26. Si así es, podemos entonces inferir la causa de la renovada pasión de Saúl. Parece más que probable que Cus era uno de los amigos íntimos y constantes compañeros de Saúl, y que incesantemente envenenaba la mente del rey con falsedades malévolas e intencionales acerca de David. Cuando Saúl estaba aparte de este hombre y bajo la noble influencia y generosa naturaleza de David, dejaba a un lado su espíritu de venganza y respondía a los llamados de amistad e hidalguía; pero cuando Cus regresaba al palacio, y tenía nuevas oportunidades de influir en él, se entregaba al lado más pobre de su carácter y volvía a asumir el desesperado intento de frustrar el propósito divino. Así que era lanzado para allá y para acá entre los dos hombres, ya inclinado a la misericordia por David, ya a la venganza por Cus.

Aprendamos cómo enfrentarnos a tales influencias malévolas, para huir de su influencia...

En primer lugar, examinemos el corazón para saber si estos calumniadores se basan en los hechos. Puede ocurrir que en estas palabras hirientes haya más de verdad de lo que a primera vista nos inclinamos a admitir. Tal vez esos ojos rápidos y envidiosos han discernido que en nosotros hay debilidad de carácter. Es buena norma que nos sentemos ante el trono del juicio de Cristo, y a su clara luz le preguntemos sobre nuestra naturaleza... Luego, si las calumnias carecen de fundamento, ¡regocijémonos! ¡Cuán agradecidos debiéramos estar por el hecho de que Dios nos ha guardado de ser realmente culpables de las cosas de que se nos acusa! Nosotros habiéramos podido cometer esas faltas, y aun peores. Sólo por la gracia de Dios no somos culpables de haberlas cometido. El hecho de que tenemos el testimonio de la buena conciencia y de su Espíritu en nuestros corazones debe ser una fuente perenne de alegría.

Refugiémonos, pues, en el justo juicio de Dios. Todos somos sus siervos, y si Él está satisfecho con nosotros, ¿por qué afligirnos por lo que digan nuestros compañeros de servicio? Él es quien nos coloca en las posiciones que ocupamos; y si a Él le place mantenernos allí, nada que los hombres digan o hagan podrá desalojarnos.

No hagamos caso a las reacciones de la carne. ¿Por qué irritarnos por estas palabras no amables y calumniosas, tan carentes de base como de caridad? Si en todo fuéramos realmente nada, y Dios fuera todo en todo, si estuviéramos muertos a la carne, y vivos solamente a Dios, ciertamente nos sentiríamos indiferentes ante lo que le ocurra a nuestro buen nombre en los labios de los necios y pecadores.

Permitamos que Dios defienda nuestro buen nombre. Cualquier imputación o afrenta injusta que se arroje sobre nosotros es parte del mal del mundo y una manifestación de su pecado. A nosotros nos es imposible hacerle frente o quitarla; así que tenemos que esperar pacientemente hasta que Dios se levante a vengar el mal que se nos ha hecho y a defender nuestra reputación. Fue así como actuó David. Él acudió al Dios justo que juzga los corazones.

Tal es el proceder verdadero y más sabio. Quedémonos tranquilos; no demos lugar a la ira; preocupémonos más bien por la desgracia de aquella alma de la cual proceden las calumniosas palabras. Tratemos de dominar el mal de nuestro propio corazón por medio del bien generoso, dejando tanto la defensa como la venganza a cargo de Dios.

Capítulo 16:

Una mano fresca sobre una frente caliente

Como el fuego por la hierba de la llanura pasó por toda la tierra la noticia de que Samuel había muerto; e Israel se reunió para lamentar la muerte del profeta y santo, y para rendirle los últimos tributos. David acudió a tomar parte en las ceremonias funerales de su maestro y amigo. Sin embargo, como estaba tan cerca de Saúl, no tenía confianza para permanecer un momento más de lo absolutamente necesario.

Tan pronto terminó todo, David se marchó a la escasamente poblada región de Parán, en el extremo sur de Judá. Su llegada trajo tranquilidad y seguridad a esas tierras fronterizas, que durante largo tiempo habían sido desoladas por guerras de frontera. Los dueños de ovejas tenían abundantes razones para estar agradecidos por su protección.

Como alguien dijo de David y de sus compañeros: «Aquellos hombres han sido muy buenos con nosotros, y nunca nos trataron mal, ni nos faltó nada en todo el tiempo que anduvimos con ellos, cuando estábamos en el campo. Muro fueron para nosotros de día y de noche, todos los días que hemos estado con ellos apacentando las ovejas» (1 S. 25: 15 y 16).

Cuando se aceptaban tales servicios y se contaba con ellos, era naturalmente justo -y en realidad estaba en conformidad con la costumbre de ese tiempo- que se diera alguna recompensa de la misma clase. Así que David tenía completa justificación para enviar diez jóvenes que saludaran al opulento Nabal, rico hacendado que tenía un gran rebaño de ovejas y a la sazón gozaba de prosperidad, a la cual habían contribuido en gran manera los esfuerzos de David y de sus hombres, a fin de recordarle sus obligaciones y pedirle lo que él voluntariamente quisiera ofrecer. El trato mísero que Nabal le dio a los jóvenes que hicieron esta petición hirió a David hasta los tuétanos.

El carácter miserable de Nabal se esboza, a la manera de la Biblia, en tres o cuatro rasgos sobresalientes, y no necesitamos detenernos en ellos. Qué adecuado boceto se nos da de la clase de individuo que era Nabal en la declaración confidencial de un siervo de su esposa: «Él es un hombre tan perverso, que no hay quien pueda hablarle» (vs. 17).

Su grandeza era de la más baja clase. Hay cuatro clases de grandeza: la grandeza en posesiones, la grandeza en hechos, la grandeza en concebir y proclamar grandes pensamientos, y la mejor de todas, la grandeza del carácter.

Según su esposa, Nabal era insensato: «...porque conforme a su nombre, así es. Él se llama Nabal, y la insensatez está con él» (vs. 25).

Ciertamente Nabal tuvo que haber sido un retrato de cuerpo entero del necio de la parábola de nuestro Señor, que pensó que su alma podía estar tranquila y alegre porque sus graneros estaban repletos.

Era un hombre perverso, según su siervo. El trato que dio a la modesta petición de David puso bien de manifiesto su carácter. De hecho dio a entender que David estaba promoviendo una revuelta contra su señor Saúl. También afirmó que prefería dar su pan y la carne que tenía dispuesta a los que, como los trasquiladores, habían trabajado para ganar esos alimentos, y no a unos hombres vanos que andaban ociosos y vivían de las frutas maduras que cayeran en sus bocas.

Uno de los rasgos más característicos del temperamento y de la conducta de David a través de todos estos años tediosos fue su dominio propio. Año tras año, reposó en la promesa de Dios y permitió que Él cumpliera la palabra por la cual había esperado. En dos ocasiones cuando Saúl había estado en sus manos, se había dominado a sí mismo. Pero el terraplén que se había levantado con el hábito formado durante largo tiempo, se fue abajo, como un dique marino abandonado, ante el repentino paroxismo que le despertaron las palabras de Nabal. Con ardiente furia les dijo a sus hombres: «Cíñase cada uno su espada». Y alrededor de cuatrocientos hombres hicieron lo que David ordenó. En esta hora David estuvo al borde de cometer un crimen que hubiera ensombrecido el resto de sus años. Pero de esta vergüenza y desgracia lo salvó la bella intercesora Abigail. Era ella una mujer de buen entendimiento y de hermosa apariencia: una adecuada combinación. Acaso su carácter había escrito una leyenda en su rostro. No siempre van juntas estas dos cosas.

¡Cuántas Abigails hay aún hoy que se casan con Nabales! ¡Mujeres que temen a Dios, de sensibilidad tierna y bondadosa, de ideales altos y nobles, que establecen unión indisoluble con hombres con los cuales no pueden tener verdadera afinidad! Semejante unión sólo puede tener un resultado: ella no elevará a su marido al nivel de ella, sino que descenderá al nivel de él.

Los siervos de Nabal conocían el carácter de su señora, así que a ella se lo dijeron todo. Abigail inmediatamente comprendió la situación. Envío a un grupo de criados con asnos cargados de provisiones por el camino en que David vendría, e inmediatamente siguió en pos de ellos montada en su asno. Se encontró con los vengativos guerreros en un refugio de la montaña, y la entrevista se debió tanto a su sagacidad de mujer como a la gracia de su corazón. Tan franco y noble como era siempre David, no vaciló en reconocer que quedaba profundamente endeudado con esta amable mujer, y en ver en la intercesión de ella la intervención bondadosa de Dios: «Y dijo David a Abigail: Bendito sea Jehová Dios de Israel, que te envió para que hoy me encontrases. Y bendito sea tu razonamiento, y bendita tú, que me has estorbado hoy de ir a derramar sangre, y a vengarme por mi propia mano» (vs. 32 y 33).

¡Qué revelación sobre los ministerios con que Dios trata de apartarnos de nuestros malos caminos! Estos ministerios son algunas veces muy sutiles y débiles, muy pequeños y tranquilos. ¡Ah, con cuánta frecuencia hubiéramos podido salvarnos de acciones que posteriormente hemos tenido que lamentar durante largo tiempo, si tan sólo hubiéramos puesto atención! Y por encima de todas estas voces e influencias han estado las influencias del Espíritu Santo, que con pasión y convicción bienhechoras nos llama a una vida mejor. Bendito Espíritu, desciende con más frecuencia, y detén nuestra loca carrera.

Nabal murió de un ataque causado por la relajación de su vida, o por la ira a causa del trato que su esposa les dio a David y a sus hombres. David le propuso matrimonio a Abigail, a quien debía muchísimo. Y ella, aunque pensó que no era digna de tan alto honor, aceptó con gracia y humildad.

Capítulo 17: Un ataque de desconfianza

Los salmos que con más o menos probabilidad se pueden asignar a este período de la vida de David se caracterizan por una creciente tristeza y depresión. Entre ellos podemos considerar los salmos 10, 13, 17, 22, 25, 64, y tal vez los salmos 40 y 69. Los del primer grupo tienen muchos rasgos en común: el escenario del desierto, el salmista como un animal silvestre perseguido, la perenne insistencia en que es inocente, la invocación para que Jehová intervenga, la amarga descripción de sus dolores; tales son los rasgos característicos de estos salmos. Pero hay un tono de desesperación:

«¿Por qué estás lejos, oh Jehová,
y te escondes en el tiempo de la tribulación?» (Sal. 10:1).

«¿Hasta cuándo, Jehová? ¿Me olvidarás para siempre?

¿Hasta cuándo esconderás tu rostro de mí?» (Sal. 13:1).

«Sálvame, oh Dios,

porque las aguas han entrado hasta el alma.

Estoy hundido en cieno profundo, donde no puedo hacer pie;

he venido a abismos de aguas, y la corriente me ha anegado» (Sal. 69: 1 y 2).

Es como si el que estaba sufriendo estuviera al borde de su resistencia. Parecía desesperado el anhelo de producir algún cambio en los sentimientos de Saúl hacia él, mientras Cus, Doeg, Abner y otros que habían demostrado ser sus inveterados enemigos pudieran instilar tan rápidamente su veneno en el oído real. Había llegado a ser cada vez más difícil eludir la ardua persecución de las tropas reales, que con la larga práctica se habían familiarizado con los escondites y guaridas. Cada vez se le hacía más problemática la necesidad de conseguir provisiones para el gran número de seguidores que habían engrosado sus filas. Todos los días tenía que proveer sustento para seiscientos hombres, sin contar las mujeres y los niños. Y la presencia de estas almas más tiernas hacía que fuera peligrosamente difícil mantener una perpetua condición de migración y huida. David tenía ya dos esposas; y según lo que se dice de las incursiones que hacían en Siclag, poco después, debiéramos juzgar que la mayor parte de los proscritos que formaban la banda de David se componía de aquellos que tenían esposas, hijos, hijas y propiedades (véase 1 S. 27: 3, 6, 9-12).

Cuando su fe estaba aún lozana, estas consideraciones no hubieran podido hacer mucho para conmover la constancia de su alma tan probada: él habría confiado en Dios. Pero ahora su fe se había deteriorado de tal modo que dijo en su corazón: «Al fin seré muerto algún día por la mano de Saúl; nada, por tanto, me será mejor que fugarme a la tierra de los filisteos, para que Saúl no se ocupe de mí, y no me ande buscando más por todo el territorio de Israel; y así escaparé de su mano» (1 S. 27:1).

Examinemos esta repentina resolución. En otras ocasiones, como hemos observado más de una vez, David había tenido la costumbre de llamar al sacerdote para que le acercara el efod, o de consultar con Dios por medio de Gad, el profeta; pero en esta resolución no había recurrido ni al uno ni al otro, sino a su corazón.

No le rindió honor alguno a Dios. ¿No había jurado Dios que haría rey a David, y que echaría a sus enemigos de delante de él como con una honda, y que le daría una casa segura? ¿No le habían sido confirmadas estas promesas por Samuel, por Jonatán, por Abigail y hasta por el mismo Saúl? El dorado aceite ¿no lo había designado a él como el ungido de Dios? ¡Cuán imposible era que Dios mintiera u olvidara su pacto!

También fue indigno que David dijera, en efecto, algo así como: «Estoy comenzando a temer que Dios se ha comprometido a hacer más de lo que puede llevar a cabo. Ciertamente, Él me ha cuidado hasta ahora, pero dudo que pueda hacerme superar las crecientes dificultades de mi situación. Tarde o temprano, Saúl llevará acabo sus designios contra mí; es un error intentar lo imposible. He esperado hasta cansarme; es tiempo de usar mi propia sagacidad, y desenredarme mientras puedo, de las redes que me han tendido en el camino».

Fue una decisión sumamente grave. La tierra de los filisteos estaba llena de templos dedicados a los ídolos y de sacerdotes idólatras (véase 2 S. 5:21). Quedaba fuera de la heredad del Señor, la sagrada tierra de Palestina, estimada por los israelitas piadosos de esos días como la localidad especial y lugar de morada del Altísimo. Estar desterrado de esas sagradas fronteras parecía como entrar en una tierra desierta y desolada de separación y abandono de Dios. ¿Qué comunión podría buscar David con el divino Espíritu que había escogido a Israel como su pueblo y a Jacob como su heredad? ¿Cómo podría él cantar los cánticos del Señor en una tierra extraña?

Tal decisión fue el inicio en una carrera que demandaba la práctica perenne del engaño. David fue recibido en Gat con los brazos abiertos. Antes, cuando él había buscado refugio en la corte de Aquis, sólo tenía un puñado de compañeros; ahora era capitán de una banda formidable de guerreros, que fácilmente podrían inclinar la balanza de la fuerza en la larga lucha entre Israel y los filisteos...

«Y moró David con Aquis en Gat, él y sus hombres, cada uno con su familia» (1 S. 27:3).

Esta proximidad al palacio real y a la corte, sin embargo, llegó a ser extremadamente molesta para los hebreos. Sus movimientos eran siempre vigilados y les era difícil preservar su autonomía e independencia. Finalmente David pidió, por tanto, que se le asignara uno de los pueblos más pequeños; y para gran consuelo de él, se le concedió establecerse en Siclag, pueblo rural del sur que originalmente se le asignó a Judá y luego fue transferido a Simeón y posteriormente fue capturado por los filisteos, aunque éstos no lo ocuparon (véase Jos. 15:31; 19:5; 1 Cr. 4:30).

La sensación de seguridad y alivio para estos hombres perseguidos tuvo que haber sido muy grande al encontrarse dentro de las escasas fortificaciones del pueblecito. Durante dieciséis meses, tuvieron cierta medida de reposo y seguridad: «Y vino a Saúl la nueva de que David había huido a Gat, y no lo buscó más» (1 S. 27:4).

Pero la mente de David estaba constantemente en actividad, haciendo un tejido de duplicidad y crueldad. Por supuesto, tenía que proveer sostenimiento para él mismo y para sus seguidores; así que levantaba su espada contra las tribus insignificantes del sur, aliadas de los filisteos, pero que eran enemigos hereditarios de su propio pueblo. Entre estos estaban los gesuritas, los gezritas y los amalecitas, todas tribus nómadas que vivían del pillaje. Para evitar que algún informe sobre sus andanzas llegara a oídos de Aquis, David se vio obligado a adoptar el plan de no dejar con vida a ningún hombre ni mujer. Y cuando Aquis, en virtud de su señorío feudal, le pedía alguna explicación de sus expediciones, David evasivamente le decía que había estado incursionando contra el sur de Judá, o contra tribus de las cuales se sabía que se hallaban bajo la protección de Israel. «Y Aquis creía a David, y decía: Él se ha hecho abominable a su pueblo de Israel, y será siempre mi siervo» (vs. 12).

La conducta de David en este tiempo fue absolutamente indigna de su alto carácter como siervo ungido de Dios. Ese fue también un tiempo estéril en su experiencia religiosa. No se asigna ninguno de los salmos a este período. El dulce cantor estaba mudo.

¡De qué manera tan precisa se corresponden estos síntomas de decadencia y recaída de la antigüedad con los que observamos en nosotros mismos y en otros! Cuando descendemos a las tierras bajas de la ventaja y de los planes mundanos, cae una plaga sobre el paisaje del alma, un silencio sobre el canto del corazón. Comprendemos que hemos pagado un precio demasiado alto por la liberación de la presión de circunstancias adversas.

Capítulo 18: La misericordia de Dios

A través de la época de decadencia y recaída que hemos venido estudiando, la bondadosa misericordia de Dios aleteó tiernamente sobre la vida de David. Esto queda ilustrado por este período de la historia de David. Hubo un enfoque especial de la benignidad y la bondad divinas para apartarlo de su propósito, y evitar que su alma cayera en el abismo.

Así, inclinó a hombres fuertes y nobles para que se identificaran con la causa de David: «Éstos son los que vinieron a David en Siclag, estando él aún encerrado por causa de Saúl hijo de Cis, y eran de los valientes que le ayudaron en la guerra» (1 Cr. 12:1).

Algunos de ellos procedían de la propia tribu de Saúl, experimentados tiradores al blanco, que podían usar con igual destreza la derecha o la izquierda para lanzar piedras y manejar el arco y la flecha. Otros llegaron de la ribera oriental del Jordán, nadando cuando el río se desbordaba, poderosos hombres de valor, preparados para la guerra. Otros procedían de Benjamín y de Judá, los cuales le aseguraron a David que no había ninguna base para que él sospechara de la lealtad de ellos.

Evidentemente el espíritu de descontento se había extendido por toda la tierra. El pueblo, fatigado por la opresión y el mal gobierno de Saúl, estaba comenzando a comprender que la verdadera esperanza de Israel estaba en el hijo de Isaí. Así, de día en día, «venía ayuda a David, hasta hacerse un gran ejército, como ejército de Dios» (1 Cr. 12:22).

Los filisteos de repente decidieron adelantar un plan audaz. Estaban enterados de la desintegración que lentamente dividía el reino de Saúl; y habían notado con secreta satisfacción que un número creciente de hombres poderosos estaban abandonándolo para buscar identificación con David. Presumían por esto que se estaban identificando con ellos. No contentos con las hostilidades fronterizas que los habían mantenido en lucha durante tanto tiempo, decidieron asestar un golpe en el mismo corazón de la tierra, el fértil llano de Esdraelón, lugar destinado a ser uno de los más grandes campos de batalla del mundo. Este campo fue empapado con la sangre de grandes adalides como Sísara, Saúl y Joás, y de numerosos ejércitos, como los de los filisteos, los hebreos, los egipcios, los asirios, los romanos, los macabeos, los sarracenos y muchos otros...

«Los filisteos juntaron todas sus fuerzas en Afec, e Israel acampó junto a la fuente que está en Jezroel» (1 S. 29:1).

Cuando se estaba planificando esta campaña, el cándido rey filisteo le aseguró a David que él lo acompañaría. Esto tal vez lo dijo como una indicación especial de confianza. Él no había visto ninguna falta en su protegido desde el momento de su entrada en la corte. Por tanto, no vaciló en convocarlo a marchar junto a él, ni siquiera en darle el nombramiento como capitán de su escolta personal: «Por tanto, yo te constituiré guarda de mi persona durante toda mi vida».

Fue un alivio para la naturaleza benévola del rey apartarse de sus imperiosos señores hacia esta alma generosa y de corazón franco, y encomendarse a su fuerte cuidado.

Sin embargo, aquella fue una coyuntura muy crítica para David. No tenía otra alternativa que seguir a su señor hacia la batalla, pero tuvo que haberlo hecho con un corazón deprimido. Le parecía como si se viera forzado a pelear contra Saúl, de quien había huido durante muchos años; y contra Jonatán, su amado amigo; y contra el pueblo escogido, sobre el cual esperaba reinar algún día. No podía hacer otra cosa que responder evasivamente, y con una compostura y un alborozo forzados: «Muy bien, tú sabrás lo que hará tu siervo».

Pero cada kilómetro de aquellos noventa o cien que atravesaron tuvo que haberlo caminado con cara triste y corazón atribulado. Para él no había esperanza en el hombre. Bien pudo haber sucedido que su corazón ya se había vuelto hacia Dios con oración anhelante, para pedirle que lo librara de la red que su pecado había tejido a sus propios pies.

Si usted, por sus errores y pecados, se ha reducido a una falsa posición como ésta, no se desespere; siga confiando en Dios. Confiese el pecado y apártese de él, y humíllese delante del Señor, Él se levantará para librarlo. De repente se abrió una inesperada puerta de esperanza en el valle de Acor. Cuando Aquis pasaba revista a sus tropas en Afec, David y sus hombres pasaron en la retaguardia con el rey. Esto despertó los celos y las sospechas en los imperiosos príncipes filisteos, por lo cual acudieron ante Aquis con palabras furiosas y amenazas: «¿Qué hacen aquí estos hebreos? (...) Despide a este hombre, para que se vuelva al lugar que le señalaste, y no venga con nosotros a la batalla, no sea que en la batalla se nos vuelva enemigo» (vs. 2, 4).

En vano aboga Aquis por su favorito; los filisteos no querían nada de eso. Ellos señalaron que él había sido un enemigo muy violento, y que esa sería una tentadora oportunidad de buscar la reconciliación con Saúl, traicionándolos en la batalla.

Al fin el rey tuvo que rendirse. Le costó mucho informarle a David sobre la inevitable decisión a que había sido llevado; pero no tenía ni la más mínima idea de la explosión de alivio con que fue recibido su anuncio. David recibió con satisfacción no fingida la severa orden de partir del campamento al amanecer.

Por la misericordia de Dios se habían levantado de ese modo los señores filisteos contra la continuación de David en el campamento de ellos. Pensaron que estaban ejecutando un procedimiento ordinario, dictado por la prudencia y la previsión sin entender que se habían convertido en tijeras con las cuales Dios estaba cortando las mallas de la red en que David estaba atrapado. Su protesta se había producido exactamente en el momento preciso: si ellos la hubieran pospuesto sólo unas pocas horas, David hubiera tenido que participar en la batalla, o no hubiera regresado a tiempo para sorprender a los amalecitas con las manos sobre todo lo que habían saqueado en Siclag.

Cuando David iba saliendo del campo de batalla, los filisteos le asignaron cierto número de hombres de Manasés -quienes parecían haber desertado de Aquis-, no fuera que los traicionaran en el campo de batalla. Así que él salió del campamento con un séquito grandemente aumentado. Esto también fue una prueba de la tierna solicitud de Dios, pues en ningún tiempo de su vida tuvo David mayor necesidad de refuerzos como ahora.

En contra de la costumbre, David no había dejado hombres que defendieran Siclag durante su ausencia. Es difícil entender la laxitud de los arreglos que él hizo para proteger la ciudad en aquellos tiempos salvajes y peligrosos; pero aparentemente no quedó ni un soldado para proteger a las mujeres y a los niños. Sin embargo, esto resultó para bien, pues cuando una banda de amalecitas cayó de repente sobre el pueblecito no hubo nadie que los provocara ofreciendo resistencia.

Con la primera explosión de dolor y horror, nada excepto la misericordia de Dios pudo haber salvado la vida de David. Al llegar al sitio que ellos consideraban como su hogar, luego de tres días de agotadora marcha, los soldados lo hallaron convertido en una pila de ruinas humeantes; y en vez de la bienvenida de las esposas y de los hijos, reinaban supremos el silencio

y la desolación. Los que algún tiempo antes habían clamado: «Paz, paz a ti, hijo de Isaí, tu Dios te ayuda», ahora hablaban de apedrearlo. La lealtad y la devoción que nunca antes había dejado de recibir de sus seguidores, de repente se cambió en hiel y vinagre. Pero este fue el momento en que él se volvió a Dios. En esa horrible hora, con las ascuas chamuscadas que humeaban a sus pies, cuando sentía la fría mano de la ansiedad en su corazón con respecto al destino de sus esposas, de repente saltó hacia atrás, hacia su antiguo lugar de reposo: el regazo de Dios.

Desde aquel momento, David volvió a ser el de antes, fuerte, alegre y noble. Por primera vez, luego de varios meses de desuso, le pidió a Abiatar que le acercase el efod, y consultó con el Señor. Luego, con maravilloso vigor, se levantó a perseguir a la tropa de merodeadores, y los alcanzó, y dirigió a sus hombres en la obra de rescate y venganza con tan irresistible impetuosidad que sólo cuatrocientos jóvenes lograron montar en camellos y escapar. Y cuando sus avaros seguidores propusieron no dar participación del botín a aquellos cuyo temor los había hecho quedarse en el torrente de Besor, él se atrevió a enfrentarse solo contra todos ellos, e insistió en que no debería ser así, sino que la parte del que fue a la batalla y la parte del que se quedó con el bagaje debieran ser iguales. Así que el que tuvo poder delante de Dios tuvo poder también sobre los hombres.

Y cuando, poco después, un jadeante mensajero irrumpió en la presencia de David con las noticias de la fatal derrota de Gilboa, aunque eso significaba el cumplimiento de las esperanzas de tanto tiempo contenidas, fue capaz de comportarse con humildad y manifestar una tristeza no afectada, expresar su lamento por medio de la oda fúnebre más exquisita que existe y dar al amalecita su merecido.

Sí, David era dulce y también fuerte, cortés y también valiente. A saber, cuando regresó a Siclag, su primera acción consistió en enviar presentes del despojo que había tomado de los amalecitas a los ancianos de todos los pueblos de la frontera sur, donde él y sus hombres acostumbraban a estar. De ese modo reconoció que se sentía endeudado con ellos, y hasta donde le fuera posible les pagaba deuda.

Así que la luz del favor de Dios vino a reposar de nuevo sobre su alma. Dios lo había sacado del horrible abismo y del lodo cenagoso en que se hallaba sumido. Había puesto sus pies sobre la roca, había enderezado sus pasos y había puesto también en su boca un nuevo cántico de alabanza. ¡Que todos los que han caído pongan atención y reciban de aquí su consuelo y esperanza!

Capítulo 19: Tres veces coronado

Dos días completos habían pasado desde la triunfante marcha de regreso de la matanza de los amalecitas a las chamuscadas ennegrecidas ruinas de Siclag. ¿Cuál sería el siguiente paso que debía dar? ¿Debía comenzar a reconstruir la ciudad arruinada? ¿O habría alguna otra cosa en el programa divino para su vida?

Al tercer día, un joven llegó jadeante y corriendo al campamento con sus ropas rotas y con tierra sobre la cabeza. Se dirigió directamente a David, y se postró en tierra a sus pies. Inmediatamente dio las noticias que traía. Cada palabra hería a David hasta lo tuétanos. Israel había huido de delante de sus enemigos; gran número de soldados habían caído en el campo de batalla; Saúl y Jonatán también habían muerto.

En ese momento comprendió David que las expectativas que había tenido durante años estaban a punto de realizarse; pero él no se dedicó a pensar en sí mismo ni en el maravilloso cambio de su fortuna. Su alma generosa, olvidada de sí misma, derramó un diluvio de las lágrimas más nobles que jamás hombre alguno haya derramado, por Saúl y por Jonatán su hijo, y por el pueblo del Señor, por cuantos habían caído a espada.

No podía haber duda de que Saúl había muerto. Su corona y el brazalete que usaba en su brazo ya estaban en manos de David. Según lo que contó el amalecita, él mismo le había quitado la vida al rey, por cuanto así se lo pidió éste: «Él me volvió a decir: Te ruego que te pongas sobre mí y me mates, porque se ha apoderado de mí la angustia, pues mi vida está aún toda en mí. Yo entonces me puse sobre él y le maté, porque sabía que no podía vivir después de su caída» (2 S. 1: 9 y 10).

El portador de las tristes noticias había sido arrestado, por cuanto él mismo declaró que había matado al ungido del Señor. Y cuando cayó la noche, el desdichado hombre fue presentado de nuevo ante el caudillo. David, con un tono de horror le preguntó: «¿Cómo no tuviste temor de extender tu mano para matar al ungido de Jehová?» (vs. 14).

Entonces llamó a uno de sus hombres y le dijo que matara al amalecita. Luego, irrumpió en patéticas reminiscencias de la antigua amistad que lo había unido con Saúl. Olvidó todo lo que había sufrido por su culpa. «Amado y amable» fue el epitafio que colocó en la lápida

sepulcral. Pero para su amado amigo Jonatán tenía que haber una estrofa especial...

David envió un mensaje de agradecimiento y congratulación a los hombres de Jabes de Galaad. La indignidad con que los filisteos habían tratado los cadáveres reales había sido ampliamente expiada por la devoción de los hombres de Jabes de Galaad. Éstos no habían olvidado que el primer acto de Saúl como rey había sido el de librarlos a ellos de un horrible destino.

Habían organizado una expedición que quitó los cuerpos de Saúl y de sus tres hijos de los muros de Betsán, en el cual, después de haberles cortado la cabeza, los habían colgado; los hombres de Jabes de Galaad los habían llevado durante la noche a su propia ciudad, donde los habían incinerado para salvarlos de posteriores deshonras. Las cenizas las sepultaron reverentemente debajo de un árbol en Galaad.

Tan pronto como David oyó acerca de esta acción, envió mensajeros a los hombres de Jabes de Galaad, para darles las gracias por su caballerosa devoción a la memoria del rey caído, y prometió recompensarles la bondad como una acción que habían hecho a favor de toda la nación y de él mismo.

Hay algo muy bello en los movimientos de David en esta coyuntura, lo cual evidencia que su alma había vuelto a confiar completamente en Dios. Esta actitud fue muy notable, en el momento en que hubieran podido darse muchas razones para la acción inmediata. El reino había sido destruido por los filisteos; en verdad, probablemente, durante los cinco años siguientes no hubo gobierno establecido entre las tribus del norte.

Tuvo que haber sido difícil para el corazón patriota de David refrenarse de reunir las fuerzas dispersas de Israel y lanzarse contra el enemigo. También sabía que él era el rey designado por Dios, y hubiera sido natural que hubiera ascendido al trono y asumido el cetro por derecho propio. Posiblemente nadie le hubiera disputado un plan decisivo de esta clase.

Así hubiera sobrepujado a Abner en maniobras, y este hubiera retirado su plan de proclamar a Is-boset como rey en Mahanaim. Ese hubiera sido un juicio meramente humano. Pero David estaba mejor aconsejado. El consultó con el Señor: «¿Subiré a alguna de las ciudades de Judá?» (2 S. 2:1).

Y cuando el oráculo divino lo dirigió a proseguir hacia Hebrón, no parece que fue allí sin pretensiones de rey o adalid, sino que se estableció tranquilamente con sus seguidores en los pueblos y aldeas de la vecindad, y esperó hasta que llegaron los hombres de Judá y lo proclamaron rey. Fue entonces cuando fue ungido por segunda vez.

Durante siete años y seis meses reinó David en Hebrón sobre la casa de Judá. Estaba en la flor de su vida, treinta años de edad, y parece que se dedicó al pleno disfrute de las apacibles cosas sagradas del hogar. Entre las dos narraciones de la larga guerra que hubo entre la casa de David y la casa de Saúl, se halla el informe sobre las esposas de David y los nombres de sus hijos (véase 2 S. 3:2-5).

A través de esos años, él preservó el mismo espíritu de esperar con expectación que era el hábito y el temperamento de su alma, y que rara vez se interrumpió de ahí en adelante. Se sentó en el trono de Judá en la ciudad de Hebrón -que significa comunión-, y esperó hasta que Dios allanara el camino que lo llevaría a la suprema dignidad que Él le había prometido. La única excepción de este proceder fue el hecho de que pidió que se le devolviera su esposa Mical. Tal vez hubiera sido más prudente para los dos si la mujer se hubiera dejado a su nuevo marido, quien parecía amarla realmente. Pero David pudo haber pensado que le era legítimo insistir en su condición legal como yerno del rey identificado por matrimonio con la casa real.

Las ofertas para la transferencia del reino de Israel las hizo finalmente el mismo Abner, de manera completamente independiente de David. Fue Abner quien se comunicó con los ancianos de Israel, y habló a los oídos de Benjamín, y finalmente fue a hablar personalmente con David en Hebrón para decirle todo lo que parecía bien a Israel y a toda la casa de Benjamín. A través de estas transacciones, David recibió tranquilamente lo que se le ofrecía; y sólo se afirmó con intensidad y pasión en dos ocasiones, en que le fue necesario mantenerse libre de complicidad en crímenes viles y dar a entender que detestaba a los que los habían cometido.

El espectáculo fue noble cuando el rey siguió el féretro de Abner y lloró en su tumba. Olvidó que este hombre había sido su persistente enemigo, y lo recordó sólo como un príncipe y un gran hombre. Luego se produjo el drástico asesinato del rey títere Is-boset. Su reinado había sido débil desde principio a fin. Su sede estaba ubicada en Mahanaim, en el lado oriental del Jordán, y nunca había ejercido sino una soberanía nominal. Todo su poder lo debía a Abner, y cuando éste fue asesinado, todo el castillo de naipes de

Is-boset se vino abajo, y el infortunado monarca cayó bajo las dagas de los traidores. David juró solemnemente que demandaría de los criminales la sangre de la víctima.

Luego vinieron todas las tribus de Israel a aquel «largo pueblo de piedras situado en la ladera occidental de una montaña formada por terrazas estériles», y le ofrecieron la corona de todo el reino. Ellos consideraron el parentesco de ellos con él. Le dijeron que eran carne y hueso de él. Le recordaron los servicios que él había prestado cuando, aun en los días de Saúl, era él quien sacaba a los ejércitos de Israel a la guerra y los traía de vuelta, puesto que actuaba como rey suyo. Así fue solemnemente ungido por tercera vez como rey sobre todo el pueblo.

A este período podemos atribuir el Salmo 18, que indudablemente toca el punto culminante de la gratitud y la adoración. Todo Nombre precioso de Dios aparece como contribución en este salmo; la figura de la venida del Señor en medio de una tormenta a rescatar a su siervo es de una sublimidad que no tiene paralelo; pero a través de todo se aprecia la ternura y el amor de los tratos de Dios para con sus hijos:

«Me diste asimismo el escudo de tu salvación;
tu diestra me sustentó,
y tu benignidad me ha engrandecido» (Sal. 18:35).

Capítulo 20: El agua del pozo de Belén

Tuvo que haber sido una asamblea rara e imponente la que acudió a coronar a David como rey de todo Israel. Durante tres días permanecieron con él, celebrando un gran festival. Todo Israel participó en el gozo de la ocasión.

Los filisteos, sin embargo, estaban observando la escena con profunda insatisfacción. Mientras David se conformó con gobernar como rey de todo Israel, todos los filisteos descendieron a buscarlo. Los filisteos cayeron sobre Judá en número tan elevado que él se vio obligado a descender con sus seiscientos hombres fuertes y fieles a la fortaleza que, según lo indica la comparación de los pasajes, tuvo que haber sido la célebre cueva de Adulam (véase 2 S. 5:17; 23: 13 y 14).

¡Qué repentino cambio de fortuna! Sólo ayer David era el centro de la mayor asamblea de guerreros que su tierra hubiera visto durante muchas generaciones; pero hoy es echado de Hebrón, de nuevo hacia la fortaleza desolada de las montañas en que años antes se había refugiado del odio de Saúl. Fue un sorprendente cambio de fortuna. Sin embargo, es probable que él se refugiara en Dios. Estos fueron días en que anduvo en íntima compañía con su poderoso Amigo, y su confianza en que Dios lo establecería firmemente en el reino no titubeó ni un momento.

Fue saludable que en esta crisis de su historia David recordara que dependía de Dios como siempre.

La nebulosa tenebrosidad de estas horas oscuras se iluminó por algunos incidentes notables. Los seguidores de David realizaron prodigios de valor alrededor de la persona de su príncipe, a quien se deleitaban en llamar «la lámpara de Israel», a pesar de que esa hora estaba oscurecida por la nubosidad que se cernía sobre ellos (véase 2 S. 21:17).

¡Qué maravillas pueden producirse por la inspiración de una sola vida! No podemos menos que hacer volver nuestro pensamiento a aquella hora en que, cerca de ese mismo lugar, un joven desconocido salió de entre las aterradas huestes de Israel y dio unos pasos hacia adelante para enfrentarse al temible Goliat. Solo, en cuanto se refiere a la fuerza humana, se enfrentó él a su terrible antagonista y lo derrotó. Pero ahora ya habían transcurrido unos catorce o quince años, y él ya no estaba solo. Había un gran número

de hombres, animados por su espíritu, inspirados por su fe, que suavemente lo empujaban hacia atrás, y le decían que tenía que permitirles a ellos soportar lo más arduo del conflicto, puesto que la vida de él, que era la fuente de la energía de ellos, tenía que ser retirada con cuidado de peligros innecesarios.

Así, las vidas de los grandes hombres iluminan e inspiran otras vidas. Ellos moldean a sus contemporáneos.

Hay también, en este período, un incidente conmovedor. Adulam no estaba lejos de Belén. Con frecuencia había llevado David, en sus primeros años, los rebaños de su padre a pastar en los valles donde ahora se hallaba refugiado. Y los escenarios conocidos le trajeron recuerdos.

Una tarde sofocante se apoderó de él el irresistible deseo de beber del agua del pozo de Belén, que estaba junto a la puerta. Casi involuntariamente expresó su deseo. No sospechó que algunos de sus valientes alcanzarían a oír, ni que en caso de que lo oyeran serían lo suficientemente temerarios como para intentar satisfacer su capricho.

Tres de sus más valientes guerreros alcanzaron a oír el deseo de su caudillo y secretamente se escaparon de la cueva hacia el valle, irrumpieron a través de la hueste de filisteos, sacaron agua del pozo, y, antes de que los hubieran echado de menos, colocaron el vaso rebosante en las manos de David. Era la inapreciable expresión de un amor que era más fuerte que la muerte. Él no pudo beberla. A él le pareció que el vaso tenía un color carmesí fulgurante por la sangre que hubiera podido costar. Con aquella instintiva caballerosidad de alma que en todos los cambios de su fortuna lo hizo de un carácter tan absolutamente real como para despertar la devoción de sus adherentes, se levantó y la derramó en libación a Dios, como si este don fuera sólo adecuado para Él. Y mientras esto hacía, dijo: «Lejos sea de mí, oh Jehová, que yo haga esto. ¿He de beber yo la sangre de los varones que fueron con peligro de su vida?» (2 S. 23:17).

¡Con cuánta frecuencia suspiramos por las aguas del pozo de Belén! ¡Quién viera de nuevo ese rostro, quién sintiera el toque de esa bondadosa mano, quién oyera esa voz! ¡Quién volviera a estar como en aquellos felices años de inocencia, cuando no se había probado nunca la fruta prohibida, ni la espada encendida se había movido jamás! ¡Quién tuviera aquella nueva visión de la vida, aquella devoción al servicio del Salvador, aquel nuevo brote alegre de amor! ¡Quién nos diera a beber del agua del pozo de Belén que está junto a la puerta! Estas son vanas lamentaciones; no hay nada que

sea suficientemente fuerte para penetrar a través de la hilera de los años y traernos lo pasado. Pero la búsqueda del alma puede aún ser satisfecha; no en el pozo de Belén, sino en Aquel que nació allí; en Él mitigará el alma su sed para siempre.

La prosperidad no había alterado la actitud del alma de David en su persistente espera en Dios. Tal como era cuando llegó por primera vez a Hebrón, así era aún; y en esta hora de perplejidad, consultó con el Señor. Le preguntó: «¿Iré contra los filisteos? ¿Los entregarás en mi mano?» (2 S. 5:19).

Entonces, recibió la seguridad divina de que le daría una victoria cierta. Y cuando comenzó la batalla, a él le pareció que el mismo Señor iba delante de él como corriente impetuosa. El derrotado enemigo no tuvo tiempo ni para recoger sus ídolos, los cuales cayeron en manos de los vencedores. De nuevo los filisteos se levantaron para afirmar su antigua supremacía, y otra vez David esperó la dirección del Señor. Fue bueno que así lo hiciera, pues el plan de acción no fue como el anterior. En la primera batalla, los filisteos fueron atacados por asalto; en la segunda, se les tendió una emboscada.

Este movimiento en las copas de las balsameras, que indicaba que la emboscada tenía que comenzar su avance hacia el enemigo, sugiere las pisadas de escuadrones angélicos invisibles que pasaban hacia la batalla: «Jehová saldrá delante de ti a herir el campamento de los filisteos» (vs. 24). Y fue entonces cuando David cayó sobre las filas de ellos y los persiguió desde Geba hasta el corazón de la llanura marítima.

Capítulo 21: La ciudad santa

Uno de los primeros actos del nuevo rey consistió en conseguir una capital adecuada para su reino. Y la elección que hizo de Jerusalén fue una pieza maestra de política y habilidad de hombre de estado. Ciertamente fue más: fue el resultado de la dirección directa del Espíritu de Dios.

Era sumamente deseable que la capital fuera accesible a todo el país; debía estar en tales condiciones que pudiera fortificarse sólidamente. Tenía que combinar la fuerza y la belleza como para despertar el orgullo y la devoción nacionales.

Tenía que ser santificada por medio de asociaciones sagradas de tal modo que llegara a ser el centro religioso de la vida más santa del pueblo. Todos estos rasgos se combinaban en Jerusalén, y la recomendaban al criterio divinamente dirigido de David.

Ciertamente, para los judíos no hay ciudad como Jerusalén. Fue la ciudad de Dios, situada en su santo monte. Las montañas que tenía alrededor parecían simbolizar la presencia circundante de Jehová. Pero no siempre había sido así. En un principio, había surgido como ciudad de cananeos. Durante años después, Israel ocupaba el resto del país, pero Jerusalén estaba aún en poder de los jebuseos.

Luego de hacer un reclutamiento en todo Israel, David subió contra Jerusalén. Por primera vez en siete años tomó el mando de su ejército personalmente. Los jebuseos se burlaron del intento de desalojarlos. Habían mantenido esa fortaleza durante tanto tiempo, y estaban tan confiados de que sus muros eran inexpugnables, que en son de burla colocaron sobre los muros cierto número de inválidos, y se jactaban de que éstos serían suficientes para mantener a raya a David y a todo su ejército.

Pero según un relato de Josefo, parece que Joab, incitado por la proclamación de David, según la cual al que capturara la ciudad lo nombraría comandante en jefe, irrumpió a través de un pasaje subterráneo excavado en la roca suave, se abrió camino hasta el mismo centro de la ciudadela, y abrió las puertas a todo el ejército.

Si esta versión es verdadera o no, lo cierto es que gracias a la valentía de Joab pronto cayó la ciudad en manos de David. Él habitó en la fortaleza que luego se conoció como Sión o Ciudad de David. Esta era sólo una parte de lo que después se conoció con el nombre de Jerusalén. Moriah, donde posteriormente se erigió el templo, era un sitio que probablemente no estaba ocupado. Ornán el jebuseo tenía allí una era.

Lo primero que hizo David fue extender la fortificación: «Edificó alrededor desde Milo hacia adentro» (2 S. 5:9).

Mientras, Joab se dedicó a reparar y a embellecer los edificios de la ciudad misma. Este primer éxito estableció el fundamento de la grandeza de David.

Se ha sugerido que debemos el Salmo 101 a esta hora de la vida de David, quien se ve llamado de repente a conducir la administración interna de una gran nación. Era muy necesario tranquilizar al país con respecto al carácter de los hombres a quienes el rey estaba preparando para encomendarles los intereses de la nación. Este salmo pudo haber sido preparado con tales fines. En todo caso, cuadra exactamente con tal ocasión y tal propósito.

A saber, el salmista real declara que él se comportaría prudentemente de una manera perfecta. No pondría delante de sus ojos cosa injusta. Sus primeras y mejores energías se dedicarían a la destrucción de todos los perversos del país, al tiempo que favorecería a los que fueran fieles. Escogería como sus servidores favoritos a los que anduvieran en el camino de la perfección.

Capítulo 22: El traslado del arca al monte Sión

Tan pronto como David adquirió una capital, quiso convertirla en el centro religioso y político de la vida nacional. Con este objetivo en mente, resolvió colocar el arca, que ya casi estaba olvidada, en una estructura temporal cerca del palacio. Desde que el arca regresó de la tierra de los filisteos, había hallado reposo temporal en un lugar de la «ciudad de los bosques», situada a unos dieciocho kilómetros de Jerusalén, en la casa de Abinadab y bajo su cuidado.

Sin embargo, David no quería dar ningún paso por su propia iniciativa, sino que tomó consejo con los capitanes de millares y de centenas, y con todo individuo de influencia. Con la aquiescencia de ellos, fue por todas partes a través de toda la tierra de Israel, reuniendo a los sacerdotes, a los levitas y al pueblo para traer el sagrado emblema.

Fue una gran procesión la que se encaminó ese día hacia la pequeña aldea. Además de la gran hueste de sacerdotes y levitas, y de una gran concurrencia del pueblo, había treinta mil soldados escogidos, cuya presencia sería suficiente para proteger a los reunidos de cualquier incursión o sorpresa hostil.

Probablemente debemos el Salmo 132 a esta ocasión. En dicho salmo el cantor real registra la determinación de establecer un lugar para el Señor, un tabernáculo para el Poderoso de Jacob.

Pero un fatal error empañó los eventos de ese día, y pospuso el cumplimiento de lo que era la más alta esperanza de un propósito nacional. Estaba estrictamente ordenado en la ley de Moisés que sólo los levitas, quienes estaban especialmente consagrados para esta tarea, podían llevar el arca sobre sus hombros, sin tocarla con las manos, para que no murieran (véase Nm. 4:15; 7:9). Nada podía ser más claro que este mandamiento, ni más obvio que la razón por la cual se dio, para reforzar la santidad de todo lo que pertenecía al servicio del Altísimo.

Este mandamiento, sin embargo, había caído en desuso junto con muchos otros. Así que se hicieron arreglos para que el arca fuera llevada en un carro nuevo por dos hijos de Abinadab.

Los bueyes iniciaron la marcha en medio de una explosión de canto y sonido de trompeta. Mientras anduvieron los tres primeros kilómetros, todo marchó bien. Pero entonces llegaron a un trayecto de camino rudo en el cual los bueyes tropezaban, y el arca se sacudió tan violentamente que estuvo en peligro de caer a tierra. Entonces Uza, el hijo menor de Abinadab, extendió su mano para sostenerla, e inmediatamente cayó muerto.

Fue terrible el efecto que esto produjo en la procesión. El horror silenció el canto, y el pánico se difundió entre la multitud atemorizada, cuando se esparció por las filas la noticia de la catástrofe. David se sintió grandemente desanimado. Ese día le tuvo miedo a Dios, y dijo: «¿Cómo ha de venir a mí el arca e Jehová?» (2 S. 6:9).

Entonces dio instrucciones para que el arca se depositara en la casa de Obed-edom, un levita que vivía en las cercanías, y allí permaneció tres meses. Las aterradas multitudes regresaron a Jerusalén consternadas y desalentadas.

Josefo afirma que desde el momento en que el arca reposó bajo el techo de este hombre, entró allí una marejada de prosperidad, de tal modo que paso de la pobreza a la riqueza; signo evidente de que Jehová no tenía controversia con los que obedecían las normas y condiciones establecidas en la antigua ley. «...y bendijo Jehová a Obed-edom y a toda su casa» (vs. 11).

Se volvió, pues, a reunir una gran asamblea. Esta vez, sin embargo, se observó minuciosamente el rito prescrito. Los hijos de los levitas llevaron el arca de Dios sobre sus hombros, con las varas colocadas en su puesto, tal como Moisés lo mandó de conformidad con la palabra del Señor. Cuando el arca entró en la ciudad, David, vestido con un efod de lino, saltaba y danzaba delante del Señor.

Así llevaron el arca del Señor, y la colocaron en su puesto, en medio de la tienda que David había preparado para ella; y él ofreció holocaustos y ofrendas de paz al Señor. Luego se volvió para bendecir al pueblo en el Nombre del Señor de los ejércitos; y les repartió pan, vino y uvas pasas.

La única nube que empañó la alegría de este día fueron las amargas palabras de Mical, en la cual no había simpatía para la religión de su marido. ¡Pobre mujer! Tal vez ella estaba aún afligida por haber perdido a Paltiel, su otro marido. O tal vez tenía celos por el hecho de que David era

independiente de ella y de la casa de su padre; de ahí el veneno que había en las palabras que le dirigió al hombre a quien había amado, y cuya vida ella había salvado una vez.

Tres de los salmos más excelentes fueron compuestos en esta ocasión: el 15, el 68 y el 24. El Salmo 15 evidentemente fue compuesto en relación directa con la muerte de Uza, y para contestar la siguiente pregunta:

«¿Quién habitará en tu tabernáculo?
¿Quién morará en tu monte santo?» (vs. 1).

El Salmo 68 se cantaba como un himno para procesión. Comienza con la antigua fórmula que se pronunciaba en la marcha del desierto cada vez que se desmantelaba el campamento:

«Levántese Dios, sean esparcidos sus enemigos,
y huyan de su presencia los que le aborrecen» (vs. 1).

Cuando el arca era llevada hacia adelante y avanzaba majestuosamente, se tocaba suavemente la sinfonía que recordaba los antiguos tiempos en que el Señor iba delante de su pueblo y marchaba por el desierto, mientras la tierra temblaba y los cielos destilaban ante su presencia. Cuando los levitas que llevaban el arca se acercaron a la cuesta del camino hacia la ciudadela de Sión, los coristas prorrumpieron en una estrofa de grandeza sin par, cuyo pleno significado sólo pudo cumplirse cuando Cristo ascendió, por encima de todo principado y autoridad, a la presencia de su Padre:

«Subiste a lo alto, cautivaste la cautividad,
tomaste dones para los hombres,
y también para los rebeldes, para que habite
entre ellos JAH Dios» (vs. 18).

Luego sigue una enumeración de las partes constitutivas de la poderosa hueste. Finalmente, el salmista prevé la reunión de las naciones distantes en ese sagrado lugar:

«Vendrán príncipes de Egipto;
Etiopía se apresurará a extender sus manos hacia Dios».

Pero de estos tres, tal vez el Salmo 24 sea la obra maestra. Comienza con un maravilloso concepto, si tenemos en cuenta la estrechez de la ordinaria exclusividad judía:

«De Jehová es la Tierra y su plenitud;
el mundo y los que en él habitan» (vs. 1).

La primera parte del salmo responde la pregunta relacionada con la clase de hombres que pueden estar delante del Señor (vs. 3-6). Éstos tienen que ser «limpios de manos, y puros de corazón», que no eleven «su alma a la vanidad ni juren con engaño». El requisito del Dios santo es la justicia que sólo Él puede dar a los que buscan su rostro.

La segunda parte declara la disposición de Dios a morar con el hombre en la Tierra. Se les ordena a las puertas de frente inclinada que se levanten, y permitan la entrada al Rey. Los coristas vestidos de blanco, con estruendo de voces e instrumentos, se paraban ante los portales cerrados y exclamaba:

«Alzad, oh puertas, vuestras cabezas,
y alzaos vosotras, puertas eternas,
y entrará el rey de gloria».

Desde adentro, una sola voz, como algún guarda asombrado y suspicaz, preguntaba:

«¿Quién es este rey de gloria?» (vs. 8).

Esta pregunta encontraba inmediata respuesta, enfática y poderosa:

«Jehová el fuerte y valiente,
Jehová el poderoso en batalla» (ídem).

Otra vez había el desafío a que se abrieran las puertas. Y de nuevo había la averiguación. Y de nuevo se producía la magnífica respuesta, de que el rey de gloria, para quien se solicitaba admisión en esta antigua ciudad, es Jehová de los ejércitos. Así llegó al fin el arca a su lugar de reposo...

Capítulo 23: Haz todo lo que esté en tu corazón

Con la ayuda de Hiram, rey de Tiro, se había erigido un palacio de cedro para David en el monte de Sión. Sin embargo, había un gran contraste entre este edificio y la estructura temporal que servía como casa para el arca. Un día David llamó a Natán el profeta, y le anunció su intención de edificar una casa para Dios.

Por el momento, el profeta asintió cordialmente a la proposición, pero en la tranquilidad de la noche, cuando se hallaba en mejores condiciones para comprender el pensamiento de Dios, le vino la palabra de Dios, y le dijo que detuviera al rey de dar pasos ulteriores en este sentido.

Al día siguiente, Natán le dio las noticias a David con suma delicadeza y bondad. La oferta del rey fue rechazada, pero esta denegación estuvo envuelta en tantísimas seguridades de bendición que el rey casi no sintió la desilusión en medio del torrente de sobrecogedora alegría que despertaron en él las palabras de Natán: «¿Tú edificarás casa para Dios? Él te edificará una casa» (2 S. 7:5).

Aquel fue un gran pensamiento que le vino a David. En parte le fue sugerido por la urgencia de la situación. Después que el arca hubo llegado a su nuevo hogar, fue designado Asaf junto con otros para celebrar y dar gracias y alabar al Señor y ministrar delante de Él (véase 1 Cr. 16: 4, 37). Y se supone que en este período se establecieron las veinticuatro órdenes de sacerdotes, un arreglo que duró hasta el tiempo de nuestro Señor. También se supone que los levitas ya estaban organizados: 24.000 para ayudar a los sacerdotes, 4.000 como músicos y cantores y 4.000 como guardas y vigilantes. Los demás estaban esparcidos por toda la tierra para enseñar la ley, administrar justicia y realizar otros oficios públicos. De este modo, un inmenso número de hombres se reunía en torno al arca y al palacio, para los cuales era necesario hallar un lugar de alojamiento adecuado.

Pero ciertamente había una razón más profunda en David ante tal ofrecimiento: manifestar su amor, su reverencia, su devoción y su perenne gratitud a Dios.

Los labios de Dios no pronuncian un definido «No». Él amontona sobre nosotros sus promesas y bendiciones, y nos guía hacia adelante en medio de una dorada neblina de amor, la cual oculta su respuesta negativa. Como

le ocurrió a David, nosotros no podemos señalar la palabra ni el momento de la divina negativa. Amorosamente somos llevados de frase en frase a lo largo del gran discurso de la vida acerca del interés de Dios por nosotros y su generosidad. Es sólo en momentos de reflexión cuando descubrimos que nuestro propósito no está destinado a salir tan bien como lo pensábamos.

Dios explica luego sus razones. Lo que ahora no entendemos, lo entendemos más tarde... De ahí que años después David dijera a Salomón su hijo: «Más vino a mí palabra de Jehová, diciendo: Tú has derramado mucha sangre, y has hecho grandes guerras; no edificarás casa a mi Nombre» (1 Cr. 22:8).

La mano manchada por la sangre no podía edificar el templo de la paz. Si en aquel tiempo se le hubiera dicho a David esto, eso lo hubiera herido sin necesidad. Fue suficiente envolver la respuesta negativa de Dios en una promesa de infinita bendición, pero a medida que pasaron los años, la razón por la cual Dios rechazó su plan se hizo clara y distinta para él. Entretanto, David permaneció paciente, y se dijo: «Dios tiene alguna razón que yo no puedo entender, pero está bien».

Algún día entenderemos que Dios tiene alguna razón por cada respuesta negativa que nos dé a través del lento curso de la vida. Llegará el día - probablemente en esta vida, y ciertamente en la próxima- cuando entenderemos por qué nos dirigió de la manera como lo hizo. Además, no olvidemos que una esperanza sin realizar puede cumplirse aún con inmensa bendición. Dios nos dará el crédito de lo que hubiéramos sido si hubiéramos podido.

La energía que David hubiera gastado en la construcción del templo se puso de manifiesto en la acumulación de los materiales para su construcción: «Yo con todas mis fuerzas he preparado para la casa de mi Dios...» (1 Cr. 29:2). Nosotros también, si es que no podemos construir, sí que podemos acumular los materiales para el que construirá. Si no podemos bajar a la mina, podemos sostener las cuerdas.

Luego entró David y se presentó delante del Señor, y dijo: «Señor Jehová, ¿quién soy yo...?» (2 S. 7:18).

No tenemos palabras para calificar la exuberancia de su alma en aquella hora trascendental. En medio de las sucesivas oleadas de gloria que lo inundaron, no se quejó de que el propósito de su corazón fuera frustrado.

Capítulo 24: Pero yo he puesto mi rey

La tranquilidad que sobrevino después que se trasladó el arca fue interrumpida por una sucesión de feroces guerras. Una tras otra las naciones circundantes se levantaron, bien por sí solas o en confederaciones, contra David.

Así, los filisteos se levantaron por última vez, pero David los sometió. La alianza hereditaria entre el monarca hebreo y sus intranquilos vecinos moabitas, que databa desde el tiempo de Rut, no fue suficiente para restringirlos. Benaía fue comisionado para dirigir un expedición contra ellos. Esta tuvo tanto éxito que todo el ejército cayó en sus manos y fue tratado conforme a la terrible costumbre de su tiempo: sólo la tercera parte se salvó. En cuanto a los sirios, el rey Soba y los sirios de Damasco fueron absolutamente derrotados. Grandes despojos de oro y bronce cayeron en las manos de David. La frontera de Israel fue llevada hasta la línea del Eufrates, y así se cumplió la antigua promesa que Dios le había hecho a Abraham.

Mientras David guerreaba en el norte, los edomitas invadieron Judá. David envió contra ellos a Abisai. Éste se encontró con ellos en la costa occidental del mar Muerto, y destruyó a 18.000 en el valle de la Sal. Toda la tierra de ellos, incluso Petra, la capital rocosa, fue poco a poco sometida. Y con excepción de Hadad, quien huyó a Egipto, la familia real fue exterminada.

Una oferta amistosa por parte de David para con el pueblo amonita recibió como respuesta un grosero insulto. Hanún, al comprender que se le infligiría una adecuada venganza, formó una inmensa coalición. Los ejércitos combinados llegaban a 32.000 soldados, con un fuerte contingente de caballería y carros, contra los cuales David sólo podía enviar la infantería hebrea. El uso de caballos les estaba prohibido por la legislación mosaica. Sin embargo, por la buena mano de Dios, obtuvieron la victoria.

La marejada de la invasión israelita asoló al país hostil. Rabá, la ciudad capital, cayó en manos de David. Al pueblo lo pusieron a trabajar con sierras, trillos de hierro y hachas, probablemente en la preparación de materiales para las obras públicas, y tal vez para el mismo templo.

Estos años de guerra dieron nacimiento a algunos de los salmos más grandes, entre los cuales podemos enumerar los salmos 2, 20, 21, 60, 110.

Las naciones braman; los pueblos piensan cosas vanas; los reyes y los príncipes de la Tierra consultan unidos contra el Señor y contra su ungido. Confían en carros y en caballos; sus reyes piensan que se salvarán por el tamaño de sus ejércitos. Tan tremendo es su asalto que toda ayuda de hombre parece vana.

Mientras las cerradas filas del enemigo están a la vista, al heroico rey David se le permite una visión de lo invisible y eterno. No hay temor en el rostro de Dios, ni cambio en su determinación de establecer a su rey sobre su santo monte. De hecho, parece que el día del ataque de sus enemigos es aquel en que él recibió una nueva seguridad de su condición de hijo y fue invitado a reclamar las naciones como herencia suya, y los confines de la Tierra como su posesión. Cuando prevé la batalla, oye el repique de la promesa divina por sobre la confusión de su temor: «Los quebrantarás con vara de hierro; como vasija de alfarero los desmenuzarás».

Con perfecta paz prevé el resultado: el Señor enviará desde Sión la vara de su fuerza y pondrá a sus enemigos por estrado de sus pies. En los años venideros podrá combinar el oficio de sacerdote y rey, como lo hizo Melquisedec en el mismo sitio siglos antes.

Contagiados con la fe de David, los guerreros triunfan con la salvación de Dios y en el nombre de Él levantan sus banderas. Creen que Dios sale como Hombre de guerra con sus huestes, y que aplastará a sus adversarios. Los soldados de David no están cubiertos con armadura sino con el lino fino de los sacerdotes: «la hermosura de la santidad». Esta expresión sugiere que la guerra era conducida por hombres religiosos, como acto de adoración a Dios (véase Sal. 110).

Los ejércitos de los enemigos no pueden resistir la arremetida de los soldados que tienen vestidura celestial. Cuando regresa el ejército triunfante, después de haber dejado la desolación en el sitio en que sus enemigos habían formado enjambre, expresan con cánticos su gratitud a su poderoso Libertador.

Dios es para nosotros un Dios de victoria. Todo esto tiene inferencias para el porvenir. David fue una prefiguración del Mesías. Porque es cierto que contra el santo siervo Jesús, a quien Dios ungió, se han levantado tanto los gentiles como el mismo pueblo de Israel. Los hombres han rechazado su

gobierno y continúan rechazándolo. Pero Dios juró, y no se arrepentirá, que toda rodilla se doblará ante Él, y toda lengua confesará que «los reinos del mundo han venido a ser de nuestro Señor y de su Cristo; y reinará por los siglos de los siglos» (Ap. 11:15).

Capítulo 25: El pecado de David

El autor de Crónicas omite toda referencia a la terrible mancha en la vida de David. Pero la historia anterior anota cada detalle sin atenuación ni excusa. Para todos los que sufren de pecado, la ganancia sobrepasará en mucho a la pérdida en el crédito del hombre que agradó al corazón de Dios.

El ardiente temperamento poético del rey David lo exponía especialmente a una tentación de tipo sensual; pero el hábito de moderación que él tenía en su vida habría prevalecido de no ser que se descuidó en la autovigilancia.

Durante diecisiete años había disfrutado de ininterrumpida prosperidad. En todas las guerras había tenido éxito, y en toda grande ocasión había aumentado la adulación de sus súbditos. Pero tal prosperidad está siempre llena de peligros. En violación directa a la ley de Moisés, aumentó el número de sus concubinas y esposas, cosa que fomentó en él el deseo de la gratificación sensual. Y una tarde cayó en la tentación.

Además, también se había entregado a la ociosidad. Dejando a un lado el espíritu marcial del León de Judá, permitió que Joab y sus valientes soldados hicieran la guerra alrededor de los muros de Rabá mientras él esperaba en Jerusalén.

Una tarde sofocante, el rey se había levantado de su siesta vespertina y se paseaba perezosamente en la azotea de su palacio. En esa hora de holgura debilitante, digámoslo en palabras del profeta Natán, «vino uno de camino», tuvo un mal pensamiento. Para satisfacer el hambre del visitante entró en el hogar de un pobre hombre y tomó su única corderita, aunque sus propios rediles estaban llenos de rebaños. No vamos a atenuar el pecado de David al insistir en la dispuesta complicidad de Betsabé, o en la estricta purificación de ella. Baste decir que ella despreció los votos que había hecho a su marido ausente. El relato bíblico coloca la carga del pecado sólo sobre el rey, ante cuyo poder absoluto Betsabé pudo haberse sentido obligada a rendirse. Un breve rato de complacencia apasionada, y su carácter se destrozó irreparablemente, su paz se desvaneció, los fundamentos de su reino se pusieron en peligro, el Señor se desagradó y sus enemigos tuvieron una gran ocasión para blasfemar. Se debe tener más temor a los momentos de ociosidad que a los de trabajo agotador.

Un día su compañera de pecado envió a David la noticia de que los resultados no podrían esconderse. Eso hizo que le hirviera la sangre. La ley de Moisés castigaba el adulterio con la muerte de los dos culpables ¡Había que dar pasos de inmediato para ocultar el pecado!

Su marido vino a la ciudad, pero su venida no ayudó en el asunto. Él se negó a entrar en su casa, aunque la primera noche el rey le envió una comida directamente de su mesa, y la segunda noche lo embriagó. La caballerosa alma de este soldado rehusó dormir con su propia esposa, mientras la gran guerra siguiera aún su proceso.

No había alternativa: este hombre tenía que morir, pues los hombres muertos no cuentan nada. Si iba a nacer un niño, por lo menos los labios de Urías no debían tener la capacidad de negar que fuera suyo. El mismo soldado le llevó a Joab, de manera completamente inconsciente, la carta que sería su propia sentencia de muerte.

Cuando Joab la recibió tuvo que haberse reído internamente. Urías fue colocado al frente de la más recia batalla, y abandonado para que fuera herido y muriera. El caso significativo de la muerte de este hombre se insertó en el boletín que fue enviado al rey desde el campo de batalla. David suponía que sólo él y Joab sabían acerca de esto. Betsabé probablemente no supuso por cuál método costoso se estaba protegiendo su reputación. Ella hizo las lamentaciones por su marido muerto, como acostumbraban las mujeres hebreas, y entretanto se congratuló de la afortunada coincidencia. Pasados los siete días del luto, la mujer fue llevada a la casa de David.

¡Qué alivio! ¡El niño nacería bajo la cubierta de un legítimo connubio! Sin embargo, hubo un defecto fatal en todo este arreglo: «Esto que David había hecho, fue desagradable ante los ojos de Jehová» (2 S. 11:27).

David y el mundo habrían de oír más acerca de ello. Pero, ¡ah!, qué dolor tan amargo que él hubiera caído de este modo... El salmista, el rey, el hombre, el amante de Dios, todos fueron pisoteados en el lodo por una explosión de pecado oscura, salvaje y apasionada.

¡Dios mío, concédeme que yo pueda llevar la flor blanca de una vida sin mancha hasta el fin! Cuanto mejor sea el hombre, tanto mayor será el precio que pagará por una corta temporada de placer pecaminoso. Durante doce meses enteros, el pecador real envolvió el pecado en su seno, cerró los labios y se negó a confesar.

Pero en el Salmo 32 nos dice cómo se sentía. Sus huesos envejecieron por gemir todo el día. Día y noche se agravó la mano del Señor sobre él.

La aparición de Natán en el escenario tuvo que haber sido un alivio positivo. El profeta, por derecho de ser su antiguo amigo, buscó una audiencia privada. Le contó lo que parecía ser una historia real y patética de una maldad arbitraria. La ira de David se encendió contra el hombre que la había perpetrado.

El espíritu que siempre caracteriza a una conciencia sombría e intranquila salió a relucir en su sentencia. En caso tal la ley levítica sólo demandaba una restitución cuádruple (véase Éx. 22:1). El rey pronunció sentencia de muerte. Luego, así como un rayo de luz en una oscura noche de repente le hace comprender al viajero que está a punto de caer en el precipicio, llega la declaración breve, terrible, y aplastante del profeta: «Tú eres aquel hombre» (2 S. 12:7).

Esto hizo que David volviera en sí y se arrodillara. Natán le recordó la abundante bondad de Dios: «...tuviste en poco la palabra de Jehová (...) A Urías heteo heriste a espada, y tomaste por mujer a su mujer (...) El hijo morirá; tus esposas serán tratadas como tú has tratado a la de él; de tu misma casa se levantará el mal contra ti» (véase vs. 7-12).

«Pequé contra Jehová», «pequé contra Jehová», fue la única respuesta de David. Cuando Natán se hubo ido, David expresó esa breve confesión en el Salmo 51, para que todo el mundo pudiera usarla. Pero mucho tiempo antes de su patética oración, tan pronto como él reconoció su pecado, sin que transcurriera ningún intervalo entre la confesión y la seguridad, Natán le había dicho: «También Jehová ha remitido tu pecado» (vs. 13).

¡Alma penitente! Atrévete a creer en el perdón instantáneo de los pecados. Sólo has de pronunciar la confesión, y te darás cuenta de que es interrumpida por el estallido del amor del Padre. Entonces, tan pronto como las palabras de arrepentimiento salgan de tus labios, saldrán a tu encuentro las apresuradas seguridades de un amor que, aunque odia el pecado, nunca cesa de suspirar por el hijo pródigo.

Capítulo 26: Los azotes

El pecado puede ser perdonado, como fue perdonado el de David. Sin embargo, una larga serie de tristes consecuencias puede venir luego. Acaso la ley de causa y efecto continuará con su cadena de desastres...

El niño de Betsabé enfermó gravemente. Durante siete días la madre lo vigiló y el padre ayunó acostado en tierra. Sufrió más al ver la angustia de su hijito que si se le hubiera infligido a él diez veces el dolor. Corta hasta los tuétanos el hecho de que un inocente sufra por nuestros crímenes. Al séptimo día, el niño murió.

Dos años más tarde, uno de los hijos de David trató a su hermana como David había tratado a la mujer de Urías. En el pecado de Amón, David observó los rasgos de sus propias pasiones desenfrenadas. Y en el asesinato de que fue víctima Amón a manos de Absalón dos años más tarde, David volvió a encontrar su propia culpa de homicidio. El fratricidio que cometió Absalón nunca hubiera ocurrido si David hubiera tomado al instante medidas para castigar a Amón. ¿Pero cómo podía él infligir una sentencia a la impureza de su hijo cuando él mismo no se la había aplicado (véase Lv. 18:9-29)? Ni tampoco podía castigar a Absalón por el asesinato, cuando él recordaba que él mismo, un asesino, había eludido el destino de los asesinos.

No pasó mucho cuando estalló la rebelión de Absalón. ¿Qué fue lo que arrastró a Ahitofel, el más confiable consejero de David, hacia las filas de aquella gran conspiración? La respuesta se halla en las genealogías, las cuales nos indican que él fue abuelo de Betsabé, y que su hijo Eliam era camarada y amigo de Urías.

El golpe más desastroso y terrible fue la rebelión de Absalón. Su bella figura, su rápido ingenio, su aparente simpatía con las ansiedades y desilusiones del pueblo, que estaba molesto por la lenta administración de la ley, su extravagante gasto y esplendor, todos estos elementos habían estado socavando durante cuatro años el trono de David y robándose el corazón del pueblo.

Así que, cuando Absalón erigió su estandarte en Hebrón y fue proclamado rey por toda la tierra, era evidente que el pueblo había perdido su antigua reverencia y amor hacia David, y se apresuraba a rendir homenaje ante el altar de un nuevo príncipe.

No necesitamos relatar los pasos sucesivos de aquellos días tormentosos: la huida del rey, dominado por el pánico -«Levantaos y huyamos (...) daos prisa a partir»-, su ascenso descalzo por el monte de los Olivos, la angustia y el llanto en alta voz, la vergonzosa maldición de Simei, la aparente traición de Mefi-boset, la humillación de las concubinas de David a la vista de aquel sol que había sido testigo de su propio pecado, la unión de todo Israel a Absalón, con aparente olvido de los lazos que durante tantos años los habían unido a David... Estos fueron los golpes de la vara del Padre que cayeron duros y rápidos sobre su hijo. Parecían proceder de la calumnia y el odio del hombre; pero David miraba hacia los corazones de los hombres y comprendía que la copa que ellos llevaban a los labios de él había sido mezclada en el Cielo, y que aquello era no la pena impuesta por un Juez sino la disciplina de un Padre.

Aparte de la historia de Cristo, en la Biblia no hay nada más bello que la conducta de David al pasar por esta maraña de espinas: «Vuelve el arca de Dios a la ciudad -le dijo a Sadoc-. Si yo hallare gracia ante los ojos de Jehová, él hará que vuelva, y me dejará verla y a su tabernáculo. Y si dijere: No me complazco en ti; aquí estoy, haga de mí lo que bien le pareciere» (2 S. 15: 25 y 26).

Y cuando Simei le dijo que él era hombre sanguinario, a causa de sus tratos con la casa de Saúl, David dijo a Abisai: «Si él así maldice, es porque Jehová le ha dicho que maldiga a David. ¿Quién, pues, le preguntará por qué lo hace así?» (véase 2 S. 19:22).

Nunca olvidemos la lección. El dolor y la aflicción pueden venir contra nosotros por la calumnia de un Ahitofel, de un Simei, o de un Judas; pero si Dios permite que tales cosas nos alcancen cuando ya han pasado por el delgado alambre de su cedazo, es que han llegado a ser su voluntad para nosotros. Podemos levantar los ojos hacia su rostro y comprender que estamos siendo disciplinados como hijos.

La amarga hora de la prueba hizo que se pusiera de relieve un amor por parte de sus seguidores, del cual el viejo rey tal vez se había olvidado un poco. El abandono de Ahitofel lo hirió profundamente, pero Husai arquita acudió a encontrarse con él con gran demostración de pena, y estuvo

dispuesto, como su amigo, a defenderlo en el concilio de Absalón. Simei pudo maldecirlo; pero Itai, el extranjero, un hombre de Gat, juró lealtad a David para vida o muerte, junto con todos sus hombres.

Sadoc y Abiatar estaban allí con el arca. Con la tristeza que sentían por su señor, habían olvidado su antigua animosidad. Siba salió a encontrarlo con frutas de verano, racimos de uvas pasas y hogazas de pan. Sobi, Maquir y Barzilai les brindaron abundantes provisiones a David y a sus hambrientos, fatigados y sedientos seguidores. El pueblo en pleno le dijo a David que él no debía entrar en la batalla porque su vida era inapreciable para la nación, y él valía tanto como diez mil de ellos.

Fue así como él llegó a cantar algunos de sus cánticos más dulces, entre ellos los salmos 3, 4, 61, 62, 143. De estos, los dos primeros son sus himnos de la mañana y de la tarde, cuando tuvo que cambiar su palacio de cedro por la bóveda azul del cielo: «Mas tú, Jehová, eres escudo alrededor de mí; mi gloria, y el que levanta mi cabeza» (Sal. 3:3).

Las tropas novatas que Absalón reclutó apresuradamente fueron incapaces de resistir el ataque de los veteranos de David, y huyeron. Él mismo Absalón murió. Le dio muerte el despiadado Joab mientras aquel se balanceaba colgando de las ramas de una inmensa encina. El péndulo de la lealtad del pueblo volvió a su antigua fidelidad, y con mucho anhelo se disputaron el honor de hacer volver al rey. Aun los hombres de Judá, conscientes de haber abandonado la confianza de él y de haber seguido inmediatamente a Absalón, se arrepintieron y lo urgieron a que regresara. Simei se postró delante del rey. Mefi-boset estableció su firme lealtad. Barzilai quedó vinculado a la casa real para siempre por sus profusos reconocimientos y por las ofertas del rey a Quimam.

Muchas fueron las aflicciones del siervo de Dios, pero de todas ellas fue librado. Cuando él hubo aprendido la lección, la vara se quedó quieta. Había sido castigado con vara de hombres y con azotes de los hijos de los hombres. Pero Dios no le retiró su misericordia, como lo hizo con Saúl: su casa, su trono, su reino, a pesar de las muchas fuerzas conflictivas, fueron afirmados. Y es que siempre hay la vara, los azotes, las disciplinas; pero en ellos está el amor de Dios, llevando a cabo su propósito redentor. Luego viene la bendición del resplandor crepuscular, el final calmado de la vida en un ocaso sereno.

Capítulo 27: La puesta del sol y la estrella vespertina

David tuvo un período de diez años de relativo reposo desde la represión final de las revueltas de Absalón y Seba hasta su muerte. Son pocos los incidentes de esos años que aparecen escritos. Probablemente David anduvo con paso suave y humilde delante de Dios y concentró su atención en la preparación de la construcción del templo. Si él no podía construirlo, haría todo lo posible por ayudar al que lo iba a construir.

El lugar fue indicado de la siguiente manera. David concibió el plan de empadronar a Israel y Judá. El cronista dice que fue Satanás quien lo movió a hacer eso, en tanto que el registro antiguo atribuye la sugerencia a la ira del Señor. El pecado de hacer un censo probablemente estuvo en el motivo por el cual se hizo. David estaba animado por un espíritu de orgullo y prestigio.

A pesar de los reproches de Joab y de otros, el rey prevaleció. Los oficiales fueron por toda la tierra empadronando al pueblo. Excluyendo las tribus de Leví y Benjamín, y la ciudad de Jerusalén, los hombres de guerra de Israel fueron casi un millón, y los de Judá, quinientos mil.

Cuando el censo estaba a punto de terminar y los oficiales habían llegado a Jerusalén, a David le pesó en su corazón haber hecho esto, y le dijo al Señor: «Yo he pecado gravemente por haber hecho esto».

Una noche de angustia, sin embargo, no podía limpiar el mal y la necesidad que había puesto en práctica durante nueve meses. David podía ser perdonado, pero tuvo que someterse a una de tres formas de castigo. Él fue prudente cuando escogió caer en mano de Jehová (véase 2 S. 24:14); pero la plaga que devastó a su pueblo con una severidad sin precedentes lo hirió profundamente.

La plaga arrasó a todo el país, y al fin llegó a la santa ciudad. Parecía como si el ángel del Señor revoloteara sobre ella, espada en mano, para comenzar a cumplir su terrible comisión. Fue entonces cuando David rogó al Señor que detuviera sus juicios: «Yo pequé, yo hice la maldad; ¿qué hicieron estas ovejas? Te ruego que tu mano se vuelva contra mí» (vs. 17).

Y el ángel del Señor estaba junto a la era de Arauna (Ornán) jebuseo. Algunos han pensado que éste había sido el rey depuesto de la antigua ciudad jebusea. Allí, en el monte Moriah, donde siglos antes el ángel del Señor detuvo la mano levantada de Abraham con el cuchillo, Dios dijo al ángel: «Basta ahora; detén tu mano».

Ese lugar se convirtió en el sitio del templo. Por instrucciones del profeta Gad, David compró la era, los instrumentos de la era y los bueyes que trillaban el grano. El rey insistió en pagar el precio total para no dar a Dios lo que no le costara nada. Y desde ese día, el monte Moriah llegó a ser el centro de adoración nacional, el sitio de templos sucesivos y el escenario de la manifestación del Hijo del Hombre.

El último año de la vida de David y el año cuarenta de su reinado, fue amargado por una final revuelta de elementos discordantes que frecuentemente le habían causado dificultades. Joab al fin traicionó a su antiguo señor; y Abiatar, probablemente instigado por los celos de Sadoc, se unió a Joab; y los dos abrazaron la causa de Adonías, el hijo sobreviviente mayor del rey.

Cuando se le llevó a David el informe sobre la revuelta, el corazón del viejo león fue sacudido, y aunque había llegado a un punto de agotamiento físico, se levantó con un destello de su antigua energía para tomar medidas a fin de ejecutar la voluntad divina que años antes se le había comunicado. No pasaron muchas horas antes de que llegaran las noticias a la fiesta de Adonías en Rogel de que Salomón había sido ungido rey en Gihón, por mano de Sadoc el sacerdote y de Natán el profeta, y que había marchado a través de la ciudad montado en la mula real y escoltado por Benaía y sus hombres de armas. En el término de una hora se habían esfumado todos los que apoyaban a Adonías, y él mismo se hallaba fugitivo asido de los cuernos del altar.

Probablemente fue alrededor de este tiempo cuando David le encomendó a Salomón que construyera la casa de Dios. David enumeró los tesoros que había acumulado y las obras preparatorias que había iniciado. Para nosotros casi es imposible comprender el peso inmenso de metal precioso, la ilimitada provisión de cobre, hierro y madera, ni los ejércitos de trabajadores. A los países circundantes se les habían quitado sus riquezas y sus depósitos para hacer que esta casa fuera magnífica.

Al final de este solemne encargo, David añadió instrucciones a Salomón en cuanto a su conducta para con Joab y Simei. Estos cargos tienen la apariencia de la vindicación, pero tenemos que dar al moribundo monarca el crédito de haber estado animado de un sólo propósito de paz para su reino. Si la venganza hubiera estado en su corazón, él mismo la hubiera puesto en práctica.

La constitución política de los judíos exigía que el rey no sólo fuera ungido por el sacerdote sino que también fuera reconocido por todo el pueblo. Por tanto, era necesario que la decisión de David fuera ratificada en una asamblea popular, que debía reunirse por mandato real (véase 1 Cr. 28:1). Por última vez, el monarca y su pueblo estuvieron juntos delante de Dios. Otra vez repitió las circunstancias por las cuales había escogido a Salomón, su deseo de edificar el templo y el hecho de que Salomón lo sustituiría en esto. Luego, volviéndose hacia el joven que estaba de pie a su lado, lo instó a ser fuerte y a llevar adelante el propósito divino.

Después le entregó el plano de la casa que el Espíritu de Dios había comunicado a David, y un inventario de los tesoros con los cuales se había de construir cada artículo. Para la imaginación de David, el templo estaba delante de él completo en todas sus partes. La contribución de su propia fortuna privada para este proyecto había sido muy generosa, y con esto como argumento, se volvió a la inmensa concurrencia y pidió a los principales y al pueblo que vinieran con las manos llenas de presentes. La respuesta fue hermosa. Es probable que nunca antes, ni después, haya habido una contribución como aquella en una sola ocasión con propósitos devotos. Pero lo mejor de todo fue que el pueblo contribuyó voluntariamente y con alegría.

Con el corazón rebosante, David bendijo a Salomón delante de la congregación (véase 1 Cr. 28:8-10). Sus labios tenían un toque del antiguo fuego. Estaba en el umbral del otro mundo; sus días parecían como una sombra que se iba. Luego el rey y padre intercedió por Salomón, para que este guardara los estatutos divinos y construyera la casa. Por último, se volvió hacia el pueblo e instó a la multitud a que alabaran a Dios, y hubo tal grito de júbilo, de bendición y de alabanza, que el firmamento volvió a retumbar. Con un gran festival religioso terminaron los actos.

¡Fue una conclusión digna de una gran vida! No podemos decir cuánto tiempo vivió David después de esto. Sencillamente leemos: «...durmió David con sus padres, y fue sepultado en su ciudad [...] Y murió en buena vejez, lleno de días, de riquezas y de gloria» (1 R. 2:10; 1 Cr. 29:28).

Para acompañar el estudio de este personaje con la lectura bíblica, léanse los capítulos 16 al 18, 20 al 27, 29 y 30 del libro de 1º Samuel (véase también 2 S. 1- 8; 12-19; 21:15; 1 Cr. 20, 29; 2 Cr. 6 al 8, 18 al 20; Sal. 7; 27; 34; 40:1-3; 56; 59: 9, 17).